

UC-NRLF



\$B 705 237









FEDERICO ELGUERA

El Barón de Keef en Lima  
Segunda Época



Charlas con Soria

LIBRERIA E IMPRENTA GIL - LIMA  
BANCO DEL HERRADOR, 569 A 579  
1919



**FEDERICO ELGUERA**

---

# **EL BARON DE KEEF EN LIMA**

---

**SEGUNDA EPOCA**

---

**CHARLAS CON SORIA**



**LIBRERIA E IMPRENTA GIL - LIMA**  
**BANCO DEL HERRADOR N. 509 A 579**  

---

**1919**

---

**LOAN STACK**

F3601  
E4

## EL ORGANO DEL PARTIDO

El impulso natural de todo hombre que se siente agredido en un artículo de periódico, es contestarlo.

Cuanto menos escritor es el individuo, mayor es



el efecto que la agresión le causa, y mayores sus deseos de replicar.

Hay personas que creen que si no se refuta un artículo ofensivo, queda la ofensa en pie, como queda, según los códigos del honor, viva la ofensa de palabra o de obra, si no se expone la vida en duelo singular.

Se requiere una buena dosis de sangre fría y un regular contingente de experiencia, para leer un artículo insidioso y tirar el impreso, desdeñosamente, al suelo.

La duración de un artículo de periódico, cuando éste tiene dos ediciones diarias, termina por la mañana, si el artículo salió por la tarde, y por la tarde si el artículo salió por la mañana.

En los diarios de una sola edición, no dura nada, porque nadie los lee, ni en los satíricos, porque nadie los cree.

Lo práctico es no contestar, no provocar polémicas que sólo sirven para complacer al agresor y para divertir al público.

Y lo que pasa con el individuo, se extiende a la colectividad.

Que el diario tal ataca sin misericordia al partido político X?

—Hombre!—exclaman los correligionarios—es indispensable tener un órgano de publicidad, para defenderse.

Y se hace una bolsa, se piden máquinas, se alquila casa y a la obra: hay diario del partido o lo que es lo mismo, blanco para que los enemigos sigan disparando al aire.

La lucha recrudece, los ataques se multiplican, los lectores siguen creyendo lo que les da la gana y las planillas semanales abruman a los accionistas.

Casi siempre sabe el escritor que lo que afirma es falso, y los lectores también, pero conviene a sus



intereses políticos sostener la falsedad y no hay quien los convenza.

Muchas veces puede pasar inadvertido un ar-

título para el lector; pero se encuentra con la réplica y para ponerse en autos, busca y lee el ataque.

En otras, puede el incidente terminar con el primer artículo, pero se contesta y viene el segundo, se replica y salta el tercero.

Y es que los artículos de periódico son como los medicamentos, que si se devuelven, se repiten hasta que el pobre enfermo los soporte y se quede con ellos adentro.

Ahora, si el periódico se funda para defender a un candidato ¡pobre candidato!

No ganará un solo adherente y perderá muchos.

Desde el portero de la imprenta hasta el redactor en jefe, no harán más que enajenarle adeptos.

Que se despiden a un empleado por incompetente; enemigo.

Que el cronista se negó a anunciar el cumpleaños de don Fulano: enemigo.

Y todo resentimiento, todo cuanto se relaciona con el órgano de publicidad del partido, hiere al candidato, convertido en punto céntrico del blanco, en el número 10.

—No podemos consentir, dicen algunos hombres serios, en que pasen a la historia y en que se lean esas injurias en el extranjero.

Dos errores, porque a la historia no pasan palabras sino hechos, y en el extranjero no leen nuestros diarios ni nuestros agentes diplomáticos.

El mejor bien que se puede hacer a un candidato es tenerlo quieto, sosegado y tranquilo, exponerlo poco al trato público, dejarlo encerrado en su casa o en su bufete y repartir su retrato por todas partes.

Que lo vean, que lo contemplen mudo, sereno e impasible.

Si Dios volviera a encarnar como hace 1918



años, antes de que se repitiera la crucifixión, ¿cuántas cosas tendría que oír?

—Le ha visto Ud. la nariz?

—Sí—tiene una ventana más grande que la otra.

—Se ha fijado Ud. en los ojos?

—Me parecen chicos para Dios, etc. etc.



Y sin embargo, delante de las efigies horriblemente pintadas del Redentor, los que habrían sido sus murmuradores se postran, lo veneran y adoran.

El hombre desdén y desprecia lo que tiene delante, lo que está a su alcance, pero desea y admira lo que no posee y ve lejos.

Si debe el individuo en sus relaciones privadas ser comunicativo, alegre y jovial; en sus relaciones públicas, en su carácter oficial, tiene que ser reservado, serio y adusto.

Pero volviendo a lo del diario. Hace pocos días, me mostraron el formato del que debe editarse próximamente.

—Vea Ud., me dijo el Regente. Aquí tiene Ud. la prueba del linotipo.

—Y esto qué es?

—Nada, me replicó, el modelo del tipo simplemente.

—Pues sabe Ud. lo que pienso?

—Diga Ud, señor.

—Que como este ejemplar, deben ustedes repartir el número, todos los días.

—Pero si aquí no hay que leer. Estos son tipos sueltos.

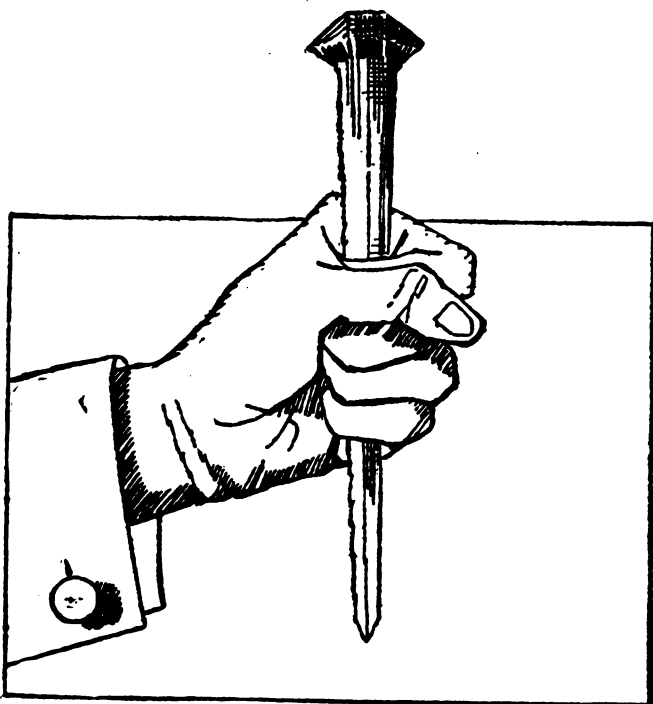
—Eso, eso es lo que necesita el partido, no dar pasto a los enemigos, ni criar cuervos para que le saquen los ojos.

---

---

## LOS AUTONOMISTAS

Al fin dimos en el clavo. La forma de salir de  
pobrezas, miserias y apuros es ésta: dar autonomía.



Que el barrio de Cocharcas no se barrió anoche.  
Remedio inmediato: autonomía al barrio de Co-  
charcas.

Que la Victoria no tiene alumbrado, porque no han llegado los alambres pedidos por la empresa. Remedio inmediato: autonomía al barrio de la Victoria.

Y en el acto habrá un buen barrido y habrá alambres y canalización y todo.

Siguiendo este camino, cuando un departamento quiera que le hagan un ferrocarril ¡tras! Autonomía. Se independiza el departamento y ya está el ferrocarril.

Cuando una familia no tenga para atender a los gastos de todos los hijos, pues ¡tate! renuncia el padre a la patria potestad y cada niño podrá tomar casa aparte, tener su servidumbre, su comida y todo.

Al fin, después de cerca de cien años de independencia hemos llegado a saber lo que vale la autonomía.

¿Que no hay comida? Eso se arregla fácilmente. Dé usted autonomía y verá usted cómo cae el maná solito.

Es desconsolador, más que eso, triste, que personas de cierta cultura, de cierta posición social y política acojan una vulgaridad y sin más se hagan instrumentos ciegos.

Vamos á ver: ¿Por qué no se atiende a los barrios apartados de Lima? ¿Porque no se quiere o porque no se puede?

Porque no se puede.

Porque no hay dinero.

Y sin embargo, no hay barrio que no tenga canalización, pavimento, alumbrado, servicio de limpieza, etc. lo mismo que la mejor calle.

¿Cómo se remedia el mal?

¿Cómo se hace para que el municipio pavimente mejor, dé más luz, etc., etc.?

Aumentando la renta comunal, en lugar de dis-

minuirla, de dividir la administración y de multiplicar los empleados.

El barrio de la Victoria, por ejemplo, no produce un solo centavo de renta al municipio, y cuando produzca, todo se reducirá a cuatro pesetas por alumbrado y baja policía, las que no darán ni el 10 por ciento del gasto que demanden estos servicios.

¿Cómo puede creerse que con autonomía va la Victoria a tener recursos?

Lo que se necesita es plata, y quienes se preocupan de la situación de los barrios de Lima, lo que de-



ben procurar es aumentar las entradas del municipio y no disminuirlas con divisiones y autonomías.

Ya veo autónomo al barrio del Cercado.

Producto bruto del barrio . . . . .	\$ 50 al mes
Gastos de alumbrado, limpieza, etc. „ 250 „ „	
Déficit . . . . .	\$ 200 al mes



¿Quién paga esto?

¿La autonomía?

Vamos! Un poco más de juicio, de criterio, de estudio, de seriedad y de buena fe.

El proyecto de los senadores Flórez, del Río y La Puente tiene 17 artículos que pueden reducirse a uno: el 8.º Que lo aprueben y verán los señores legisladores, si hay barrios abandonados.

Por lo demás, fíjense los autonomistas en que por más que se limpie, se alumbre y se riegue un barrio, si los dueños de las fincas las mantienen sucias y repugnantes, no hay autonomía que valga más que la del propietario, ávido de renta y ajeno a sentimientos estéticos y altruistas.

---





---

## UNA CORRIDA EN CORONGO

Allá por el año tantos, quisieron los coronguinos celebrar el aniversario patrio, con una corrida de toros.

A falta de redondel, arreglaron un cuadrilátero, y en la plaza del pueblo, cuyas salidas se obstacu-



larizaron con carretones y ramas de sauce, se levantó un pequeño tabladillo para las autoridades y sus familias, inclusive el cura.

Se buscaron los doce mejores bichos de los alrededores y el 28 de julio, después del Te Deum, se dió comienzo a la corrida.

Los toros se habían encerrado la víspera en el corral del municipio, convenientemente dispuesto para el caso y provisto de la suficiente hierba para los nuevos concejales o pupilos, como dicen los revisiteros.

En el centro del cuadrilátero se colocó un asiento o banquillo para el músico.

El público ocupó las puertas, ventanas y techos de las casas, amén de los lugares que ofrecían alguna defensa.

La llegada de las autoridades se saludó con un ensordecedor vocerío.

El músico, cuyo instrumental se reducía a un tamboril, tocó entusiasta marcha o prolongado redoble, y se presentó la cuadrilla, formada, en su mayor parte, de capeadores de a caballo.

El director y primer espada era el secretario de la subprefectura. Su traje de luces se formaba de un pantalón de montar, botas de ídem, saco de dril y sombrero de paja. Le colgaba del hombro derecho, a guisa de capa de paseo, un poncho de seda a listas blancas y azules, el mismo que tiró al subprefecto después del saludo, en prueba de respetuosa deferencia.

La autoridad recogió la prenda y la extendió sobre la baranda.

Se quemaron innumerables cohetes de arranque y sin aviso previo apareció en la plaza el primer toro, cuyas suertes se disputaban en tropel y a porfía los capeadores de a caballo.

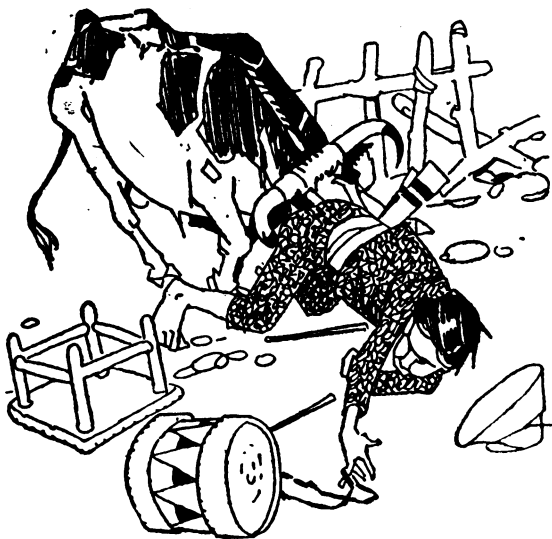
El sobrino del cura pudo lucirse, como que montaba el mejor jamelgo y estaba menos borracho que sus compañeros.

El juez de paz casi se descalabra y el gobernador perdió la capa y el sombrero, al primer resoplido que le lanzó la fiera.

Tocó el turno a los de a pie y no hubo nada y al llegar el momento de las banderillas, nadie consiguió ponerlas.

El cornúpeto se había adueñado de la plaza y los diestros se refugiaban en los burladeros.

El músico, impertérrito en su puesto, no cesaba de tocar el tamboril, y con frecuencia se quedaba solo en la arena.



El público gritaba desaforadamente, hasta que llegó el momento de matar.

El primer espada preparaba sus trastos, cuando se oyó un grito de espanto, un clamor, un gemido de la muchedumbre.

El hombre del tamboril acababa de ser acometido por la fiera. Esta lo levantó en el aire y lo dejó caer y allí, en el suelo, le arremetía con furor, hasta que lo destripó.

Las mujeres se cubrían la cara con las manos, para no ver; los chiquillos, llorando, se abrazaban a sus madres y las autoridades requerían a grandes voces a los diestros, para que acudieran en defensa de la víctima. Cuando llegaron en su auxilio, ya era tarde.

Mientras tanto, al rededor del abandonado banquillo se debatía con sin igual denuedo un grupo de espectadores que de techos, ventanas y refugios se habían tirado a la plaza al ver al músico despanzurrado.

Al fin, después de escenas de pugilato y de una lucha desesperada y violenta, consiguió el más fuerte de la partida desembarazarse de todos y apoderarse del banquillo.



Tomó los palos y siguió haciendo vibrar el parche del tamboril.

A nadie sorprendió esta escena, porque los espectadores estaban en el secreto.

Al lado del músico había, para reparar las fuerzas, una botella de aguardiente puro.

Y sin mayores incidentes, la corrida continuó...



## CHOSICA

Tuve que trasladarme a Chosica para convalecer de una influenza.

La influenza limeña principia, como la de todas



partes, con un estornudo y dolores en el cuerpo, pudiendo ascender hasta una bronco-neumonía y acabar en Ancón, en Chosica o en un cementerio, que llaman el Pepinal de Ansieta.

A mí me dijeron que se me acabaría en Chosica y fui allá.

La verdad es que opuse temeraria resistencia para salir de Lima, pero me rindieron y salí.

Las alzas del termómetro, los accesos de tos y el imperativo categórico de mi médico me doblegaron y después de diez días de cama, pedí mi ropa, me vestí y en un coche me hice conducir a la Estación de Desamparados.

Allí ocupé un asiento en el tren, que debió ponerse en marcha, como lo hizo, a las 9 y 45. a m.

Entre el Rímac a la izquierda y muladares a la derecha, pasó el convoy a un andar medurado y majestuoso, hasta llegar al primer paradero, donde se detuvo largo rato.

No se observaba movimiento de carga; la locomotora no se surtía de agua; pero el tren no seguía su marcha.

Era sábado y se me dijo que en ese día se arreglaban las cuentas en las estaciones, de donde deduje que cuando ese tren se para, es porque se paga.

Al fin la locomotora lanzó un piteo y las ruedas del convoy volvieron a girar.

Nos detuvimos en otro paradero, que repitió la espera, y así seguimos el viaje hasta llegar a las 11 y  $\frac{1}{2}$  a Chosica.

Tratándose de itinerarios y de irregularidades en los ferrocarriles del Perú, nada me admira, desde que un amigo me refirió lo siguiente:

“Allá por el año de 1878, un hombre emprendedor, de nacionalidad francesa, consiguió, después de dificultades inauditas y desembolsos cuantiosos, construir un ferrocarril de vía angosta que uniera



Lima con las Magdalenas Vieja y del Mar y fabricó en esta última un gran tanque para baños, que llenaban las olas; pero una noche que se enfurecieron éstas, derribaron los muros y todo se acabó.

El desastre afectó, como era natural, la vida del ferrocarril.

El tráfico de éste se limitó a la Magdalena Vieja, habitada por familias de Lima y por convalecientes de enfermedades del pulmón.

Diariamente debía salir un tren a las 10 de la mañana y regresar a las 5 de la tarde.

En la época a que aludo, la más distinguida y encumbrada familia que vivía en la Magdalena, era la del Cajero Fiscal, Don José Manuel García.



Un día presencié lo siguiente, en la estación de Lima.

Eran cerca de las 5 de la tarde y llegaban apresuradamente los pasajeros, para ocupar sus asientos en los carros.

El reloj de la Estación marcó las 5, y el convoy no se movía.

Pasó media hora. . . . . ¡y nada!

Los pasajeros asomaban la cabeza por las ventanillas, para preguntar a los empleados la causa de la demora.

—Esperamos al Cajero Fiscal, les contestaban.

El reloj apuntó las 6 y después las 6 y media, y nada!

Los pasajeros abandonaban los carros, se paseaban en el andén, compraban comestibles y se iban así distraendo.

Algunos impacientes se quejaban.

—¡Esto es intolerable! exclamaban.

—¡A qué hora llegaremos a nuestras casas! decían otros.

—¡Mañana me vengo a Lima! gritaba una señora.

Entre estas voces, se oyó por fin la del conductor.

—¡Al tren, señores! ¡Al tren! ¡Ahí viene el señor cajero!

Efectivamente, apareció el señor García, acompañado de dos de sus hijos y de varios amigos.

—¿Por qué no ha salido el tren?, preguntó el señor García. Yo iba a pedir un extraordinario.

—Creíamos, contestó el Jefe de la Estación, que no demoraría Usía.

Los pasajeros volvieron a acomodarse en sus asientos, y el convoy parecía listo para zarpar.

Pero trascurrían los minutos. . . . . ¡y nada!

Hizo entonces el Cajero llamar al conductor.

—¿Por qué no salimos?, le preguntó.

—Señor, le repuso, falta vapor y mejor sería que hablara Useñoría con el maquinista.

—¡Pues llámelo usted!

El maquinista se presentó, gorra en mano.

—¿Por qué no salimos? le preguntó el señor Cajero.

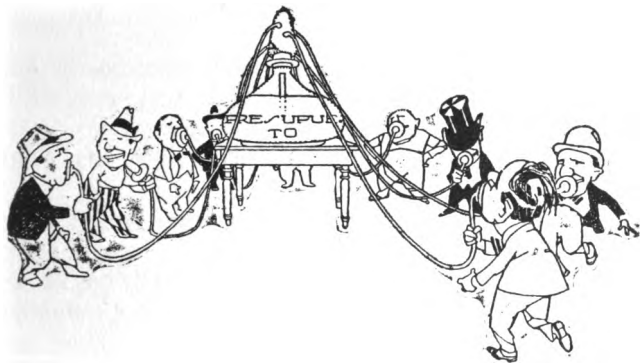
—Falta combustible, su señoría.

—¿No hay carbón en el depósito?

—No useñoría. . . . . Se ha acabado.

—¿Luego no era por esperarme, que el convoy se ha demorado?

—Ha sido por dos cosas, useñoría.



—¿Y qué necesita usted para arrancar?

—Dos soles, señor, para comprar leña en la pulpería.

—Pues tenga los dos soles y apúrese.

Media hora después sonaba el pito.

De todos los compartimientos salieron voces y manifestaciones de alegría y el tren se puso en marcha.

Dígaseme ahora, si un hombre que conoce, como yo, este hecho, puede sorprenderse de que un itinerario de ferrocarril se infrinja, y si tiene derecho para quejarse de que se gasten dos horas en el re-

corrido de Lima a Chosica, que puede normalmente hacerse en una.

Por lo demás, el tren sale a su hora. La llegada es lo difícil.

Chosica ocupa los terrenos de un antiguo campo de cultivo o chacara, como llaman allí.

A corta distancia de la capital y a moderada elevación sobre el nivel del mar, ofrece Chosica admirables condiciones climatológicas.

No falta nunca el sol, el aire es seco y la temperatura, templada.

Los convalecientes que llegan de Lima experimentan rápido alivio y recuperan pronto sus fuerzas y energías.

No dejó de sorprenderme y de extrañarme que se hubiera formado en ese lugar una población, construyéndose hermosas quintas; porque no es característico de los limeños aprovechar sus cosas buenas.

Cierto que la mayor parte de las casas pertenece a extranjeros.

Siempre he oído a los peruanos, quejarse de todo lo suyo, y lamentarse de no poder abandonar para siempre su país.

De aquí resulta, que la partida que consignan en su presupuesto nacional para la inmigración, se invierta en la emigración y que no alcance.

Allí todo el que puede conseguir que el gobierno lo mande fuera, lía petates y se pone en marcha.

Y ese país, que necesita poblarse, se despuebla.

Encuentro aceptable y conveniente que todo peruano que pueda salir a conocer el mundo, salga; pero que regrese con nuevos ideales y no con el único de trabajar para volverse a ir.

No sé si mi observación sobre los limeños deba hacerse extensiva a todos los peruanos; pero aquéllos se dividen en tres grupos: los que quieren man-

do; los que quieren marcharse; y los que quieren destino.

Y todos giran al rededor del presupuesto nacional, como los coleópteros al de un foco de luz.

Por eso los gobiernos pasan la vida llenos de angustia y preocupados exclusiva y únicamente del presupuesto.

Esta tarea absorbe, por completo, la labor administrativa.

El verdadero programa de gobierno es éste: cobrar y distribuir.

!Y no tiene tiempo para más!

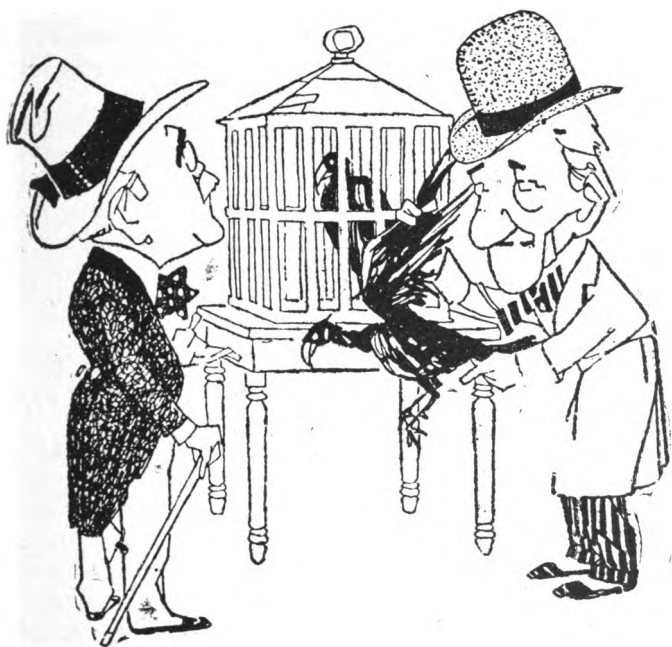
---



---

## LOS GALLINAZOS

Creo que el gobierno debe complacer al honorable diputado que ha pedido cien gallinazos para llevarlos a su provincia, a fin de que se coman las



langostas que han aparecido en ella y que devoran sus campos.

En cada jaula quiere el señor represenante que se alojen un gallinazo y una gallinaza, tanto para

que no se aburran en el camino, cuanto para la propagación de la especie.

Si los gallinazos llegan al lugar de su destino y se aclimatan, desvirtuando el aforismo de que "gallinazo no canta en puna" y no se regresan a Lima como palomas mensajeras antes de dos años, el honorable diputado pedirá al gobierno un batallón bien municionado para destruir las crías, porque una vez que se hayan comido todas las langostas, principiarán a comerse el ganado y perseguirán a los niños de la provincia.

Cien gallinazos son muchos gallinazos para una provincia y muy pocos gallinazos para comerse las langostas.

Abrigo mis dudas respecto a que los gallinazos se coman las langostas: pero cuando el honorable diputado lo afirma, será porque sabe.

Conviene, sí, hacer un pequeño cálculo, para saber en cuánto tiempo pueden los cien gallinazos devorar a las langostas.

Supongamos que haya un millón de langostas, lo que es una cifra baja, tratándose de esa plaga.

Pues cada gallinazo se comería diariamente unas 25 langostas, y los cien necesitarían más de un año para devorar el millón.

Falta saber si 25 langostas le caben a un gallinazo y no lo matan de torozón.

La verdad es, que si los gallinazos acaban con la plaga de langostas, tendría Lima una nueva fuente de recursos y podría el gobierno levantar un empréstito con la garantía saneada de los gallinazos, en lugar de rebajar sueldos y de pensar en el papel moneda.

Lima tendría una nueva industria y sus pobladores se dedicarían a la crianza de gallinazos.

Sólo con el intercambio con la República Argentina tendríamos lo suficiente para reemplazar las



exportaciones de azúcar y algodones, que no recibe Europa, por el momento.

Y llegaría el día en que se saldaría nuestro presupuesto así: venta de 25,000 gallinazos a Lp. 1 cada uno, Lp. 25,000.

O esta otra fórmula: Para atender al servicio del clero: gallinazos 12,000.



Lo cierto es que el Perú es un país de buenos pájaros.

Con las aves guaneras y los gallinazos llenaría el renglón más importante de su presupuesto de ingresos.

En circunstancias económicas como las actuales no debe despreciarse ninguna iniciativa y ésta de los gallinazos no demanda gran desembolso para ponerse a prueba.

Cien gallinazos menos en Lima no hacen falta



y deben entregarse al honorable diputado, de la brillante iniciativa, inmediatamente que se les cautive.

Debe, sí, estudiarse su alimentación, desde el momento en que se les enjaule hasta el instante en que se les suelte en el campo de las langostas.

Podrían, por ejemplo, comprarse en Lima todas las latas de conservas malogradas y cuanto artículo podrido hubiere en las pulperías.

Pero al accederse a la solicitud del H. representante, debe el gobierno exigirle que informe, a la

brevedad posible, respecto al éxito de su invención, y ya me parece que estoy leyendo su telegrama al ministro de fomento y la respuesta de éste:

Señor ministro:

“Gallinazos con soroche, a casi todos se los han comido las langostas ¿Qué hago?

“Fulano”

Contestación del ministro.

“Cómase usted los que quedan, en una salsa de aji.

“Ministro”

---



---

## LA PRESIDENCIA

Llega a tal punto en el Perú la codicia del poder, que ni en estatua se consiente a un ciudadano que ocupe por mucho tiempo el solio presidencial.

Parece que hubo un mandatario llamado Candamo, que falleció en el primer año de su gobierno,



y a quien se erigió un monumento en el Parque Colón.

Allí, tranquilo, impasible y mudo como el mármol, no molestaba a nadie, no impartía órdenes,

no turbaba la paz ni la sosegada marcha de la administración pública.

Pero estaba de presidente y había que derrocarlo. Y se le derrocó!

Del monumento sólo han quedado la silla y el pedestal.

Paseaba cierta tarde por el parque, acompañado de un amigo, natural del país, cuando mis ojos, con gran sorpresa, descubrieron el extraño monumento.

—¿Qué significa esto?, pregunté espantado a mi amigo. ¿Es acaso, continué, la silla de los incas?

—¡No, señor! me contestó; es la silla de la presidencia de la República.

—¿Y a un mueble tan horroroso como éste, se le erige una estatua en su país?

—¡No, señor!, volvió a replicarme; al lado de la silla hubo un Presidente, que manos alevés hicieron volar.

Y con todos sus detalles me refirió el cuento de la voladura.

—¿Pero a quién hacía daño el monumento?, le pregunté. ¿Era acaso un mal hombre ese señor?

—¡No tal!

—¿Fué un tirano?

—¡Tampoco!

—¿Entonces, por qué....? ¿Porque sólo duró un año en el poder? Pues creo que este simple hecho lo hacía, ante sus compatriotas, acreedor al monumento..... ¡Ya caigo! ¡No me explique usted nada porque lo comprendo todo!

En Lima se comprende todo con rara facilidad, no obstante ser difícil encontrar un peruano, capaz de explicar alguna de las constantes y múltiples aberraciones de su medio.

Se les pide explicación de cualquier cosa: hablan

una hora sin escupir, y al final resulta que no han dicho nada.

Palabras y pasiones les brotan por los poros; pero razones, nunca.



El diario de debates de sus Congresos es el mejor exponente de lo que dejó escrito.

Pero no divaguemos.

Si a un mandatario de carne y hueso difícilmente se le permite concluir su período constitu-

cional de cuatro años, ¿cómo sufrir que uno de mármol se quede eternamente en el poder?

Los peruanos, por otra parte, son muy severos para otorgar premios y distinciones, y poseen un elevadísimo concepto de los monumentos.

Ellos no pueden consentir en que se profane la ciudad de Lima con estatuas que no sean de héroes y guerreros, salvo que se trate de obras nacionales de arte, de mérito indiscutible, como el célebre y nunca bien ponderado Vulcano de la finca de la Merced.

A ése no hay quien le aplique un cartucho de dinamita, o le tire un buen hachazo por el hígado.

¡Ya se ve! Creo que Vulcano no pudo llegar a ser Presidente del Perú.

Pues si de mí dependiera, cumpliría justicia a los hijos de Atahualpa, y en sus plazas, sus calles y fachadas les levantaría los siguientes monumentos:

Uno al desorden; otros al polvo, a la pobreza, a la mortalidad infantil, a la incuria, al abandono, a la charlatanería, a la fatuidad, a la envidia y a otras pasioncillas.

Y los autorizaría para que suprimieran estos símbolos, a medida que fueran corrigiéndose y curándose de los vicios y defectos que atestiguan.

¿Que entraban en el camino del orden y el buen juicio? Pues gran ceremonial y decapitación de la estatua del desorden.

¿Qué se pavimentó la ciudad? Formación del ejército, música y abajo la estatua del polvo... y así sucesivamente.

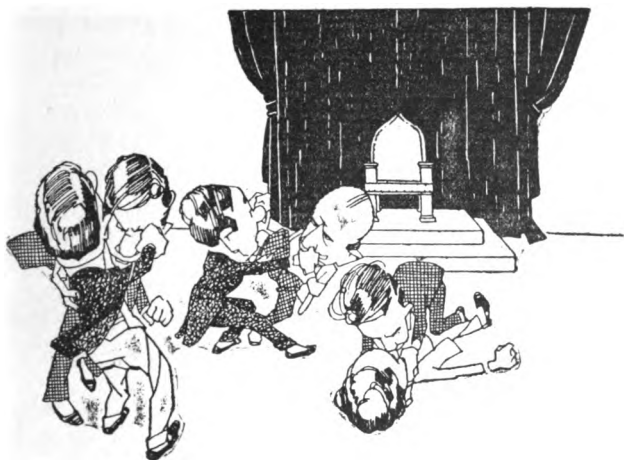
E iría sustituyendo estas efigies con las de todos los presidentes, habidos y por haber; porque para mí, nadie merece un monumento en el Perú, como el hombre que ha tenido alma, paciencia y valor para gobernar con sus paisanos.

¿Y qué sacan de la presidencia?



Convertirse, mientras dura, en prisioneros del vetusto palacio de Pizarro; ver revolucionarios por todas las puertas; leer las cartas anónimas de la policía secreta; sentarse en su despacho a bostezar, cansados de oír los proyectos, peticiones, consejos y majaderías de sus conciudadanos; no tener más honores que los que les rinden veinte soldados de la guardia; oírse tratar de excelencia y saber que todo el mundo habla mal de él.

Y cuando baja, cuando vuelve a confundirse en



las filas ciudadanas, encontrarse con resentidos, ingratos y enemigos, ítem más con un sucesor que lo odia y le prepara el destierro.

Agréguese a esto la falta de recursos, porque los mandatarios del Perú no tienen más renta que la señalada en el presupuesto, para que puedan comer.

Tienen los peruanos muchos defectos, pero hay que reconocerles en los altos puestos públicos una

honorabilidad superior a la de la mayoría de sus congéneres de la América del Sur.

Y a pesar de todo luchan, se destrozan y ensangrientan por sentarse en esa espantosa silla que ha quedado vacante, en el que fué monumento a don Manuel Candamo.

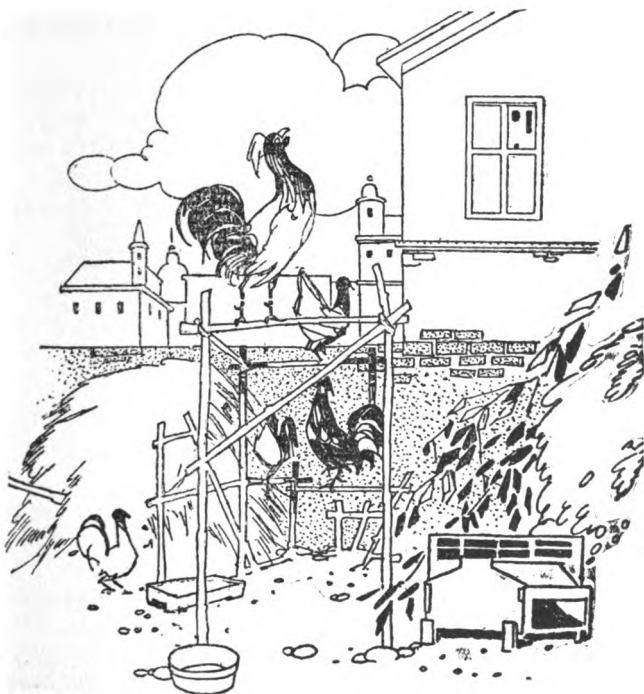
---

---

## LOS GALLOS

No guardo recuerdo de ciudad, villa o aldea, en la que canten los gallos como cantan en Lima.

Mientras estuve viviendo en el hotel, creí que sólo en ese establecimiento existiría un gallinero, para abastecer el restaurant; pero cuando alquilé un departamento y los gallos seguían cantando, me mu-



dé a otro y el canto me perseguía, me dí cuenta de que no hay habitante de Lima que no tenga su gallo.

Naturalmente, que me refiero al canto nocturno que interrumpe el sueño y desespera.

—Oiga, amigo, dije un día al cobrador de la casa que ocupaba: estoy pensando mudarme, porque los gallos no me dejan dormir.

—En todas partes le pasará a usted lo mismo, me contestó.

—¿Pero por qué hay tantos gallos en esta ciudad?

—Porque hay muchas gallinas, me contestó sonriendo.

—¡Convenido! ¿Pero por qué la pasan cantando toda la noche?

—Porque son muy brutos y se equivocan con la luz. Vea usted, agregó, antes del alumbrado eléctrico sólo en las noches de luna molestaban; pero ahora, todas las horas les parecen de madrugada.

—¡Maldita luz! Pues deberían apagarla después de la media noche.

—¡Eso no es posible!

—¡O matar a todos los gallos!

—Tampoco es posible, porque no habría qué hacer con las gallinas.

—¡Hombre! ¡Comérzelas!

—¡Ah, no, no! ¡Ya irá usted acostumbrándose!

—¿Cómo voy a acostumbrarme a vivir en un corral?

—¡No señor! En esta finca no hay corral. Aquí sólo viven hombres solos, y los gallos que usted oye son del barrio.

El cobrador tenía razón; pues los gallos que yo oía eran de toda la ciudad.

Principiaba a cantar uno, de voz de chantre, pausada y ronca, que era el más próximo a mi dor-

mitorio. Despertaba a sus conciudadanos, y se formaban inmediatamente dúos, tercetos, cuartetos y coros, que no tenían cuándo acabar.

Una persona a quien me quejaba de esto, me dijo:

—Felicítese usted de que ladran menos perros, que antes.



—¿También había eso? ¿Pues en esta ciudad no se podría dormir?

—En otro tiempo los vecinos tenían que levantarse de sus camas, para matar a tiros a los perros.

—¿Y el Municipio?

—Está en una esquina de la Plaza. ¿No lo conoce usted?

—¡No es eso! Pregunto si no se ocupa de esas cosas.

—¡Ah!, ¡sí, sí!.....

—Pero lo que me vuelve loco son los gallos. ¿Por qué no se adopta alguna medida, para que no canten en la noche?

—¿Pero qué podría hacerse?

—Obligar a sus dueños a que los hagan dormir en un cajón, para que no puedan estirar el pescuezo, o meterlos en cuartos oscuros.

—¡No se sofoque usted, que ya se irá acostumbrando!

—Y con la esperanza de acostumbrarse, todo se soporta en el Perú.

¿Le pican á usted las pulgas? No haga caso; ¡Ya se irá usted acostumbrando!

¿No respira usted sino polvo infecto? ¡Paciencia! ¡Ya se irá usted acostumbrando!

¿Va usted tranquilo por esas calles de Dios, y se da de boca con un grupo de patriotas, que descargan sus revólveres a diestra y siniestra?

¡No se alarme usted, que ya se irá acostumbrando!

¡Desgraciadamente, yo no me acostumbro!

Los gallos, las pulgas, el polvo y los tiros me quitan el sueño, me pican, me asfixian y excitan mis nervios.

Como buen turista, me adapto con facilidad al medio; pero hay cosas, que, la verdad, no puedo tolerar.

Todavía no me formo un concepto claro del carácter peruano.

¿Ese pueblo es paciente, sufrido y abnegado?

No lo sé; pero al lado de su apatía e indiferen-

cia, es capaz de levantarse en armas y de exponerlo todo, en un momento dado.

¿Será esto mismo consecuencia de su abnegación o prueba de carácter y energía?

Repito que todavía no lo entiendo; pero puedo asegurar que es un pueblo dócil para conducirlo al bien, como fácil para dirigirlo al mal.

El secreto estriba en saberlo mover: en tocarle



a tiempo una campanada, en quemarle un cohete, pronunciarle un discurso, reunirlo y capitanearlo.

¡Y seguirá entusiasta y ciego!

En víspera de una elección de senador me tocó de vecino uno de los candidatos, a quien todas las noches visitaban sus clubs.

El pobre hombre salía a su balcón y, a grandes voces, les soltaba un discurso.

Naturalmente que el discurso no se cambiaba cada noche. . . . . ni la gente tampoco.

Unas veces aparecían con el nombre de Club A, otras con el del Club B y así con otros nombres.

Llegaron a grabárseme algunos tipos de esos hombres, y fué enorme mi sorpresa al reconocerlos, un día, en una manifestación en favor del candidato rival de mi vecino.

—¿Pero qué es esto? le pregunté a un amigo que me acompañaba. Si a esta gente la veo todas las noches, en el bando opuesto.

—No se preocupe usted, me contestó, con gran calma. Si se queda usted aquí más tiempo, nada de esto le llamará a usted la atención.

¡Ya se irá usted acostumbrando!

---



---

## EL GUANO

En un capítulo de este libro trato del canto nocturno de los gallos de Lima, y voy a ocuparme ahora de la semejanza que existe entre esas bulliciosas aves y sus dueños, los hijos de la Ciudad de los Reyes.



Así como al primer gallo que canta le responden los de todos los techos y corrales, así cuando a un limeño se le ocurre lanzar en la calle, en la plaza

o en el club un juicio, una afirmación o un apotegma, todos sus congéneres lo acogen sin discurrir y lo repiten sin cesar.

—¡Fulano es un animal! exclama un limeño.

—¡Es un animal! repiten todos en coro.

—¡Mengano es un talento!

—¡Es un talento! se oye por todas partes, y así por el estilo.

Una de las primeras cosas que me dijo un peruano, con quien trabé amistad en el vapor, fué que su país había sido muy rico; pero que la guerra del Pacífico le había arrebatado las bases de esa riqueza, que consistían en el salitre y el guano.

Esto me lo han repetido después centenares de limeños y lo he leído en infinitad de artículos de sus diarios.

Pero al mismo tiempo que oía y leía estas lamentaciones, me enteraba de una lucha tenaz, sostenida entre el gobierno y una empresa que le reclama cierto número de toneladas de ese abono.

Al lado de una lágrima patriótica de un articulista, me encontraba con el aviso de una compañía peruana, ofreciendo en venta guano para la agricultura nacional.

¿Pero qué guano es el que han perdido? me preguntaba yo.

¿Se han llevado acaso las islas, los pájaros o el mar?

¿Por qué dicen que ha desaparecido esa riqueza, cuando la tienen allí viva y coleando, reproduciéndose indefinida y eternamente?

Decir que el Perú ha perdido el guano, equivale a que un hacendado diga que ha perdido su fundo, porque se ha gastado y sigue gastándose la renta que le produce.

Lo que ese propietario necesita es aumentar sus

frutos para incrementar sus entradas, que es exactamente lo mismo que debe hacer el Perú con sus islas guaneras.

Estas mejoras consisten en proporcionar aloja-



miento sano y cómodo a las aves marinas y en ejecutar obras que den como resultado la producción de guano de ley igual, en todas las islas.

¿Qué razón hay para que los mismos pájaros,

alimentados con los mismos peces, y viviendo en el mismo clima, produzcan en unos sitios guano rico y en otros guano pobre?

¿En dónde está la causa de esta diferencia?

Es indudable que en el suelo; luego, prepárese el suelo; ensáyese en una zona y se apreciará el resultado.

¡Pero no! “Hemos perdido el guano”, dicen todos, mientras que nubes de pájaros cubren el horizonte de la costa peruana, avisando que van a digerir para el Erario público.

“El Perú es un país pobre”.

Este es otro apotegma, que nadie discute.

País de pobres, deberían decir, porque su territorio encierra riquezas enormes.

En ninguna región del globo ha sido más pródiga la naturaleza.

La tierra, el guano, el salitre, las minas, la goma, el petróleo . . . ¿Qué cosa no tiene el Perú?

Le falta, desgraciadamente, una que, a mi juicio, vale por todas: no tiene hombres.

En esto consiste y estriba la efectiva y real pobreza del país.

Si consigue buen gobierno, faltan ciudadanos que lo secunden.

Si buenos soldados, jefes que los manden.

Si pueblos dóciles, autoridades que los conduzcan.

Si buenas leyes, jueces que las apliquen, y así interminablemente.

Y mientras ellos, los peruanos, se disputan y pelean un cargo público, los otros, los extranjeros, explotan sus riquezas, abarcan sus negocios y llenan sus arcas.

Nuestra desgracia fué (este es otro apotegma) que Pizarro no hubiera establecido la capital en Jauja.

Pero, señores, les he dicho muchas veces, ¿cómo creen ustedes posibles el progreso y la prosperidad, al otro lado de esa espantosa cordillera, cuyo paso pone en peligro la vida?

El verdadero error de Pizarro consistió en no fundar la capital en el Callao, para que hubiera podido extenderse hacia los valles de Lima; error en



que el conquistador incurrió, probablemente, por consideraciones de cierto orden, entre las que una sería el temor a los piratas.

¡Pero hablar de Jauja!

¿Ignoran lo que son las capitales sudamericanas del otro lado de los Andes?

¿Cuál de ellas prospera?

Pero nadie piensa, nadie medita y la opinión del primer audaz que lanza una afirmación, por extravagante que sea, tiene para los peruanos la fuerza de una revelación divina.

Para ellos, el mejor pavimento es el de piedra: la mejor pared, de adobes; la mejor fruta, el pepino; el mejor queso, de cabra; el mejor chocolate, de "Los Gallos"; el mejor árbol, el fresno; la mejor fiesta, los toros; el mejor inmigrante, el chino; el mejor clima, el de su costa, y el mejor destructor de basura . . . . el gallinazo.

¡Y métase usted a discutirles!

¡Obligarlos a pensar, sabiendo que en el Perú todos repiten, pero pocos piensan!

---

---

## LOS DIARIOS



Desde que un limeño abandona la cama, lo que seguramente es tarde, se echa a buscar los diarios,

para enterarse del movimiento político y de las defunciones.

En éstas, es casi seguro que reciba una sorpresa cada día, pues yo, en el corto tiempo que fui vecino de Lima, las experimentaba con frecuencia.

Individuos a quienes acababa de conocer, fallecían de manera rápida y fulminante.

¿Pero qué es esto? salía a preguntar en la calle, al primer amigo que encontraba. ¿Se ha impuesto usted de la muerte de don Fulano?

¡Que le parece! era la respuesta obligada que recibía. ¡Yo estoy espantado, porque hacía pocas horas que lo había visto!

En Lima y en todas partes, al anunciarse el fallecimiento de alguien, se oye exclamar:

—¡Si lo vi el mes pasado!

—¡Si lo vi ayer!

—¡Si lo he visto hoy!

Nadie acepta que pueda vivir alguien, hasta el preciso instante en que se muera.

Todos quieren que la vida se extinga a pausas, para estar al corriente de las alternativas del enfermo y no experimentar sorpresa cuando expire.

Otra cosa, que nadie perdona, es preguntar a los deudos, como una manifestación de aprecio y de pesar:

—¿Y de qué ha muerto?

El interrogado no se concreta a decir sencillamente: “de pulmonía”, “del corazón”, “del hígado o los riñones” sino que relata y describe en sus menores detalles el proceso del mal, desde el día en que se inició.

Pero nada más que esto tiene importancia.

Lo que vale la pena de reformar es el sistema o ceremonial usado en los sepelios.

Dominadas las familias por sentimientos de amor



al difunto, se creen obligadas a hacer todo género de sacrificios para la suntuosidad del entierro.

Esta flaqueza del corazón humano ha abierto el campo, en todas partes, a las Empresas de Pompas Fúnebres, explotadoras de la vanidad y del dolor.



Me cuentan que antes, en Lima, se sacaban los cadáveres de las casas a las nueve de la noche y se les llevaba a los templos, en los que, a la mañana siguiente, se oficiaban honras entre cortinajes negros, frailes blancos y pebeteros ardiendo, amén de numerosa concurrencia de ambos sexos.

La familias hacían enormes sacrificios para re-

vestir estas ceremonias del mayor fausto y solemnidad.

Las comunidades religiosas, por su lado, se hacían, entre ellas, cristiana y santa competencia, y agitaban, así, la vanidad de los deudos.

Un funeral con órgano valía cien soles; con más un violín, doscientos; agregándole dos flautas, trescientos; con redoblante y coro de novicios, cuatrocientos; con orquesta completa, mil; cantando Castro Osete, mil quinientos; oficiando el prior, tres mil; y cuatro o cinco mil, llorando, encapuchada, toda la comunidad.

Pero un día feliz se prohibieron, por razón de higiene, las honras de cuerpo presente, y esta reforma, como todas las reformas, levantó protestas, censuras, quejas y lamentaciones.

Unos aseguraban que las puertas del Cielo no se abrían sin una misa vigiliada, con el difunto presente.

Otros, que no había derecho para segar así, de golpe, intereses e industrias creadas al rededor de la muerte.

Felizmente el tiempo, que es el más poderoso y eficaz sedativo de penas y conflictos, dejó establecido el sistema que se sigue hoy, o sea la traslación de los difuntos de su cama a su hueco en el Panteón.

Pero como todo se adultera, complica y malogra, resulta que hay capilla ardiente; que se contrata la mejor carroza, se alquila el mayor número de coches y se invita a los amigos, para que manden flores, diciéndoles que no las manden, y para que vayan al Cementerio, en vehículos que ruedan asperamente sobre piedras y que producen un movimiento que hace salir las tripas por la boca.

Todo esto, a mi juicio, debería modificarse.

Considero más solemne limitar el cortejo a los miembros de la familia y a los amigos íntimos.

Una selecta y numerosa concurrencia, como escriben los cronistas, perjudica a las familias y no modifica, en nada, la descomposición y pronto olvido del difunto.

Muy por el contrario, hay casos en los que éste resulta dañado.



Recuerdo, por lo pronto, este hecho:

Dos personas ocuparon conmigo un carruaje, en el entierro de la suegra de un amigo de los tres.

Al llegar a cierta esquina, nuestro coche estuvo a punto de ser destrozado por un carro del tranvía.

El susto de uno de mis compañeros fué tal, que se deshizo en insultos e improperios contra la pobre suegra.

—¡Vean ustedes! exclamó, ¡Hemos podido morir! ¿Y por qué? Por venir a acompañar a esta vieja, que ni siquiera hemos conocido. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir! ¡No vuelvo a concurrir a más entierros!

—Ya pasó, ya pasó, le decía su amigo, procurando aplacarlo.

—¡Pero hemos podido perecer aplastados! le replicó.

—¡Cálmese señor, cálmese! agregué yo.

—Vea usted, siguió hablando. Lo que me pone más nervioso es visitar el cementerio. Antes, pasaba por esos largos callejones de nichos y rara vez leía un nombre conocido; pero ahora me ocurre que no puedo fijar los ojos en ninguna lápida, sin encontrarme con mis padres, hermanos, parientes, relacionados y amigos, a la inversa de lo que me pasa entre los vivos, pues en las calles a casi nadie conozco.

—Esa es la vida señor, le repuse. Llega un día, en el que nos quedamos solos.

—¿Cuando morimos? me preguntó.

—No señor, le contesté. ¡Cuando mueren los que vivieron con nosotros!



---

## FINANZAS

Ningún pueblo presenta, como el peruano, mayores dificultades para gobernarse bien.

La masa de su población es dócil y se deja dirigir; pero el mestizaje interviene en tal forma en la política y en el movimiento de la Nación, que no



la deja conducir por el sendero de la prosperidad.

He dicho, en otra ocasión, que el defecto capital de los peruanos consiste en no darse el trabajo de pensar y en la falta de estudio de los problemas que se les plantean.

Este defecto resalta y abruma, cuando discuten cuestiones económicas.

Todo ciudadano cree que nace economista; de suerte que cuando se trata de un punto relacionado con las finanzas públicas, tiene el gobierno que habérselas con el congreso, la prensa, los partidos, las sociedades obreras, los bomberos y el gremio de conductores y motoristas.

Se propone el gobierno, por ejemplo, levantar un empréstito y le salen todos al encuentro.

—No señor, le gritan. ¡No queremos empréstitos! ¡Esa es la ruina del país!

—Pero, señores, se les contesta, fíjense en que no se trata de contraer un préstamo para gastarse el dinero, sino para reunir en una sola operación todas las actuales deudas.

—¡Nada de empréstitos! ¡Eso sería ruinoso!

—Pero eso debió decirse cuando se pidió dinero a los Bancos, a la Sociedad general, a la Caja de depósitos, a la Recaudadora y a Gil y mil.

—Eso fué mal hecho y no queremos que se repita.

—Si no se va a repetir, sino a componer. Se van a cancelar esos préstamos, para salir del desorden en que vive el fisco, abonando intereses distintos, hipando por amortizaciones fuertes y violentas y deteniendo la marcha de las instituciones nacionales, por carecer de los fondos que el Erario les debe.

—Preferible es que sigan las cosas como están.

—Si el empréstito existe, ya está hecho, y lo que se persigue es simplemente reunirlos en una sola mano y en mejores condiciones. Lo que se quiere es hacer lo que haría un particular que debiera 20 soles al carnicero, 15 al lechero y 10 al panadero y que descontara una letra por 45 soles, para pagar a esos tres acreedores y quedarse sólo con uno.

—Lo que se quiere es entregarnos maniatados a

los yanquis ¿No ven lo que está pasando en México?

—¡Pero señores! ¿Tres o cuatro millones de libras entregarían manatiado a este país?

—¿Y el petróleo?

—¿Pero quién habla de petróleo?



El hecho es que de nada sirve la razón y de nada los argumentos, ante el prejuicio de que los empréstitos son malos.

Cosa semejante ocurre con el billete.

Hubo un tiempo en que corría peligro de subir al patíbulo, como traidor a la patria, quien hubiera pensado en la emisión del billete.

Y sin embargo, el billete peruano sirvió para hacer la guerra.

¿Qué habría sido del Perú sin él?

El papel moneda no fué la causa u origen de los males y desastres del país, sino la consecuencia de éstos.

La guerra depreció el billete y la derrota lo mató.

El Perú se empobreció y tuvo circulante de oro y Chile se enriqueció y lo tiene de papel.

El billete no es un mal, ni todo billete es malo.

No se puede sostener como principio económico el rechazo absoluto del papel moneda.

Lo que debe procurarse es que no decaiga el país a punto de que su papel se deprecie y de que llegue el día en que no valga nada.

¿Qué hace el hombre para alejar su muerte?

Conservar la salud.

Si el cuerpo se enferma, la vida se extingue.

Asimismo, si un país decae y se empobrece, su crédito sufre, su moneda huye y su papel perece.

Hay hechos fatales que nadie puede evitar.

Si se creara al Perú una situación igual a la que tuvo en 1879, caería inevitablemente en el billete inconvertible y depreciado de entonces.

Pero si el país se gobierna con juicio y honradez, la moneda, llámese sol, libra esterlina o peruana, billete o cheque, no perderá su valor.

Y así ha ocurrido que circunstancias y aconte-



cimientos inevitables e imprevistos, han creado el billete, denominado *cheque circular*.

Lo que sucede revela, pues, la ineficacia o inutilidad de discutir asuntos que no están al alcance de todos y de sostener como principios inamovibles y teorías inquebrantables, lo que no depende de la



*Edmundo O'Leary*

voluntad, sino de las circunstancias y de la lógica que rige y gobierna los acontecimientos humanos.

No hay, sin embargo, quien se crea incapacitado para discutir temas económicos, aunque pase por el ridículo en que incurrió cierto Ministro de Hacienda, de remotos tiempos, a quien se ofreció un giro sobre Londres, al tipo de 52 peniques.

—Es muy caro, dijo al corredor.

—Ese es el cambio de hoy, señor Ministro.

—Es muy caro. Rebaje Ud.

—Pues se lo venderé a 50.

—Todavía está alto, baje más.

—Se lo daré a 48.

—No abuse Ud. hombre. Rebaje, rebaje.

—Pues a 46.

—¡Aceptado! exclamó el Ministro, con aire de triunfo.

Y el Tesoro, perdió 6 peniques en cada sol!

## EL JURADO

Poseo varios idiomas y sé un poco de latín, porque en mi infancia se estudiaba en los colegios esta



lengua muerta, que después se ha suprimido en los programas de enseñanza.

Entre los idiomas que domino, ninguno aprendí con tanta facilidad como el castellano, que me resulta ser, hoy, el que menos entiendo.

Mientras permanecí en España, lo comprendía perfectamente; pero desde que llegué a Lima y principié a leer versos modernistas y artículos doctrinarios, se me ha formado una verdadera olla de grillos, del habla de Cervantes.

Por más que reconcentro mi espíritu en los artículos que leo, no los entiendo.

Vuelvo a leerlos y me sucede lo mismo.

Al principio me alarmé, temiendo sufrir un trastorno cerebral, llamé a un médico y le expuse lo que me pasaba.

—¿Qué ha leído Ud.?—fué lo primero que me preguntó.

—Los versos de Fulano, los artículos de Mengano y la polémica sobre el balance de la Compañía Peruana de Vapores, que marea.

—¡Basta!, me contestó. Está Ud. bueno y sano.

—¿Puedo seguir leyendo, doctor?

—¿Esos artículos? ¡No, hombre! ¿Qué saca Ud. de ellos? No se torture el cerebro, con semejantes lecturas.

—¿Que leo entonces, mientras permanezco en Lima?

—No lea Ud. nada. Haga Ud. lo que hacemos todos aquí. ¡No leemos!

—¿Y cómo hay tantos que escriben?

—Porque no tienen otra cosa en que matar el tiempo.

—¿Y esas polémicas?

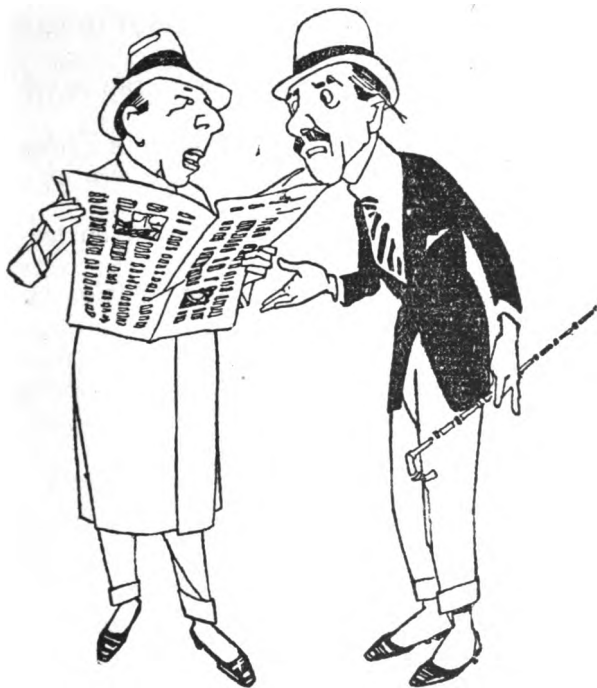
—Las leen, a duras penas, los contendores.

—¡Es increíble, doctor!

—¡Vea Ud.! Se publicó, hace algunos meses, un artículo sobre medicina, en que se aludía a un colega mío.

Este contestó, el otro volvió a atacarlo, y se entabló una discusión agria.

Algunos médicos, y yo entre ellos, seguíamos la



polémica, no por interés científico, sino por gozar con las insolencias que se decían los contendores.

Pues un día encontré a uno de los polemistas y le dije:

—Acabo de leer el artículo de Fulano.

—¿Contestó?

—Anoche. En "El Comercio".

—No he leído ese número y ya lo habrán roto en casa.

Seguramente lo rompieron, porque no volvió a chistar más.

—Esto que Ud. me cuenta, doctor, revela que Ud. lee.

—Se equivoca Ud. Paso la vista sobre los encabezamientos y las firmas y la detengo sobre algún párrafo que me llama la atención.

—¿Y qué me dice Ud. de la polémica sobre el jurado?

—Ese asunto, felizmente, no es de mi resorte.

—¿Pero, sin embargo, tendrá Ud. una idea formada al respecto?

—Sí; pero Cornejo es mi cliente y no me conviene que sepa que no pienso como él.

—No lo sabrá, porque, no conociéndolo, no se lo podré decir.

—Entonces, voy a exponer a Ud. ligeramente mis ideas sobre esa reforma, que, como otras parecidas, defiende con tanta constancia y vehemencia mi buen amigo y cliente.

No hay daño mayor para un país que el de implantarle reformas para las que no tiene preparación.

El Perú es un pueblo heterogéneo, que no puede juzgarse por Lima, creyendo que todo es Lima, ni por Pataz, creyendo que todo es Pataz.

Como usted es extranjero, ignora que en un departamento del norte hubo un célebre bandido a quien mataron en un encuentro con la fuerza pública. Pues ese bandido es un ídolo popular y le han dedicado canciones, romanzas y plegarias, que se cantan acompañadas de acordes plañideros de guitarra.

¿Será posible que en un país en que pasa esto, haya jurado? Para que los jueces salgan del pue-

blo, es preciso que ese pueblo tenga conciencia del bien, principios de moral y nociones de justicia.

No sería lo peor que se absolviera a criminales, sino que se condenara a inocentes; peligro inevitable en localidades divididas en bandos dominados por el odio y en las que esas poblaciones están a la expectativa de una ocasión para comerse unos a otros.

—¿De manera, doctor, que usted no acepta que la novedad del jurado sea un paso hacia el progreso?

—¿Novedad? Si esa institución es más vieja que la ley escrita y fué abolida en muchas partes. El jurado existió desde los tiempos de Moisés.



¿Puede ser progreso entregar la honra, la libertad y la vida a cuatro indios emponchados y alcohólicos de la provincia tal o cual?

¿Ofrecerían estos irresponsables infelices más garantías que un juez letrado, que la Corte Superior y la Suprema?

¿Qué se busca en el jurado: más severidad o más benevolencia?

Cualquiera de estos extremos se consigue modificando la ley penal; pero no entregando su aplicación a seres inconscientes, en unos casos, apasionados, en otros, torpes en muchos e ignorantes en todos.

Si lo demando a usted por el pago de honorarios, tengo que acudir a un juez de derecho, que para desempeñar su cargo ha tenido que cursar cinco años de instrucción primaria, cinco de media y otros cinco de jurisprudencia; pero si me querello contra usted por haberme querido envenenar, debo presentarme ante el tribunal de los emponchados.

¿Qué significación tiene esto en el progreso de un pueblo?

¿Poner la justicia en manos de incapaces é ignorantes es civilizar?

—En eso estamos de acuerdo, doctor. Yo creo que el progreso de un pueblo como el Perú debe conducirse por otros senderos.

¿Qué es lo primero que necesita un territorio extenso y montañoso?

Camino.

¿Qué necesita un pueblo inculto?

Educación.

Anteponer a estas exigencias reformas de la naturaleza del jurado, no es ayudar al progreso de este país, sino turbarlo y detenerlo.

Los pueblos se tratan y educan como a los individuos.



¿Qué se hace con un recién nacido?

Lavarlo, abrigarlo y nutrirlo.

Esto basta para que se desarrolle y crezca.

Pero si se le quiere precipitar el crecimiento tirándole la nariz, los brazos y las piernas y alimentándolo con carne, el muchacho se morirá, o si resiste y vive, resultará un ser débil, enfermizo y monstruoso.

El Perú no está todavía a la altura de los idealismos del doctor Cornejo.

Lo que necesita, por ahora, es que lo envuelvan en pañales limpios y que lo entreguen a la dirección y cuidados de una nodriza fuerte, sana y amorosa.

---



## FIESTAS MILITARES

Las fiestas militares más importantes e imponentes en Lima se realizan en los días jueves y viernes de la semana santa.

La conmemoración de la muerte de Jesús se aprovecha para dar vida a Marte.

Terminada la ceremonia religiosa en la Cate-



dral, el presidente de la República se lleva en un bolsillo del chaleco la llave del tabernáculo, en que deja a Cristo encarcelado.

Nadie se queja, nadie protesta ni eleva nadie un recurso de habeas corpus, por esta injusta e inmotivada prisión.

Y es el mismo prelado y jefe de la iglesia quien encierra a Cristo y quien convierte en carcelero al primer magistrado de la Nación, en cuyos sentimientos generosos confía, para que a las veinticuatro horas devuelva la libertad al divino Redentor.

Este plazo es el mismo que señala la carta fundamental del Estado, para que todo ciudadano detenido se someta a la acción de la justicia.

Pero el Crucificado no está vivo, se dirá, y la llave que se entrega es la de su simbólica sepultura.

Tanto peor, porque esto parece burla, desde que se sabe que, muerto y todo, si se le ocurre salir, se sale, como cuenta la historia que se les salió a los judíos.

El hecho es que la primera prisión que realiza el jefe del Estado peruano, es la de Dios.

Y si después encarcela a un demagogo, a un canalla o a un ladrón, le cae el mundo encima y se pone en peligro de que le quiten el poder.

Pero vuelvo a la ceremonia militar, tema inicial de este capítulo.

La fiesta religiosa se realiza al amparo y bajo la custodia del ejército nacional, reunido en la Plaza Mayor y sus calles adyacentes.

Terminada aquélla y clausuradas las puertas del templo, se da comienzo a la revista militar.

Tambores, cornetas y música marcial se escuchan por todas partes.

El público, poseído de ardor bélico, se mueve de un lado a otro, se arremolina en los arcos de los portales, se estruja en las esquinas, se apiña en las bocacalles y lucha para ocupar los mejores sitios, de donde pueda ver desfilar a los soldados.

El generalísimo, que comanda el ejército, recorre la línea sobre brioso corcel, precedido de dos

sargentos de caballería, armados de banderolas a la funerala.

Empinándose sobre los estribos, como si sacara así más voz, imparte el jefe sus órdenes e imprime a la reluciente hoja de su espada movimientos rudos y convencionales.



Las fuerzas principian a moverse, se forman en mitades, cambian la cabeza de la columna, van y vienen y ejecutan variados movimientos estratégicos, hasta colocarse en orden del desfile.

Tropas de las tres armas forman el ejército.

El traje que usan es nuevo y el armamento, moderno.

El aspecto del soldado peruano, su estatura, su aire y su uniforme se asemejan a la tropa francesa, siendo superior a ésta en disciplina y subordinación.

Yo no olvidaré nunca lo que vi en París

Regresaba un batallón de rendir honores en los funerales del embajador ruso y al pasar por un costado de la gran Opera, en donde yo me hallaba, observé que los soldados perdían el aire marcial y dirigían la mirada, haciendo muecas y diversos gestos, hacia un edificio destinado a modas y confecciones.

Descubrí lo que pasaba.

En los antepechos y ventanas del edificio se habían apiñado multitud de "midinettes", y hacían señas y morisquetas a la tropa.

Unas desplegaban sus pañuelos, otras levantaban los brazos y los movían en distintas direcciones, otras lanzaban besos volados, y todas con semblantes picarescos y sonrientes parecía que provocaban la desertión de los soldados.

Los oficiales, a caballo, fingían disimulo y continuaban la marcha serenos e impasibles.

—¡Vea usted esto! ¡Vea usted esto! me repetía a cada instante un compatriota que estaba conmigo.

—¡Lo veo! ¡Lo veo! le contesté.

—¿Qué tales soldados?

—Pues así y todo, no quisiera verme frente a ellos, en una batalla.

No sospechaba que mi opinión se confirmaría tan pronto como se ha confirmado, en la guerra actual.

Entre un soldado disciplinado y mecánico, que se deja matar, opto por otro indisciplinado y autónomo, que a la hora de batirse sabe cómo mata.

Ante la frialdad que se deriva de la obediencia ciega, prefiero el entusiasmo, que brota de sentirse libre y dueño de sí mismo.

Pero abandono esta nueva digresión, para reanudar mi tema.

Al presenciar la parada y el desfile del ejército peruano, se agolparon a mi mente cien observaciones relacionadas con la guerra moderna.

¿Para qué sirve esto? me preguntaba.

¿Qué piensan en estos pueblos de América ante



los acontecimientos que está presenciando el mundo?

¿Tendrá alguno de ellos la peregrina idea de luchar?

Para esta tropa que veo, se necesitaría llenar la plaza de municiones.

Ya no se puede pensar en soldados, sino cuando se tienen fábricas de materiales de guerra.

¿Y estos países sudamericanos deben sacrificar su porvenir y prepararse para la destrucción, no estando todavía acabados de constituir?

¿Será un bien o un mal, que la guerra haya asumido las formidables y pavorosas proporciones que tiene hoy?

La paz y la fraternidad no son, por desgracia, patrimonio de las naciones, y por espantosos y formidables que resulten los daños de la guerra, el hombre seguirá siendo guerrero.

¿Qué debe hacerse?

Pues lo que ha tiempo aconsejo a todos los dirigentes peruanos:

*“Llenar los arsenales y vaciar los cuarteles”.*

El soldado en el Perú se hace en uno, dos o tres meses, pero una bala de cañón no se fabrica a mano, en diez años.

Y un caballero que me escuchó estas cosas, una tarde que las hablaba en el club, se puso serio y me dijo:

—¿Así es que usted disolvería el ejército, si fuera Presidente?

—No señor, le contesté.

—¿Y cómo lo dice usted?

—Yo no lo digo, señor, y si lo dijera, no lo haría.

Supe, después, que la persona que así me interpelló era nada menos que el general Pizarro, un descendiente del conquistador.

---



---

## LAS RAZAS



Quien quiera apreciar los resultados de la mezcla de todas las razas, que suba a un carro del tranvía de Lima.

En él hallará europeos, representantes de la raza blanca: negros, descendientes de la africana; cholos, pertenecientes a la india, y chinos y japoneses, oriundos de la amarilla.

Verá, en seguida, el producto y amalgama de estas variadas especies.

Hijos de blanco y negro, de negro e indio, de indio y chino, de chino y cholo.

Y descubrirá nuevas castas y verá individuos de todos los tintes, de todos los tamaños, de todos los olores.

Blancos, meztizos, negros, amarillos, zambos, mulatos, cuarterones, cholos, chinos, japoneses, sacalaguas, de pieles rojas, claras, verdes, azuladas, tornasoles.

Al estudiar estos tipos, no parece que el hombre descendiera del mono, sino que el mono descendiera del hombre.

Después de estar un tiempo en Lima me sentaba en los carros del tranvía, para descubrir si alguien, al subir o bajar, se tomaba de la cola.

No me dí ese gusto; pero puedo asegurar que algunos pasajeros la llevaban escondida.

Que el hombre y el mono pertenecen a la misma familia, es cosa averiguada.

La sociología moderna sostiene que no hay diversidad de razas, luego todos, hombres y monos, somos uno.

¡Y cuánto mejor fuera que llegáramos pronto a esa unificación y que los seres racionales tuvieran aquel aditamento de la cola!

Si lo hubieran poseído los mutilados por el tranvía, que caminan en un pie, habrían podido salvar sus piernas.

¡Cuántas cosas podría hacer el hombre, si tuviera cola!

El error de la naturaleza al habérsela suprimido se rectificará pronto en Lima, con las mezclas infinitas de sus castas.

Fuera de la semejanza física, existe entre el hombre y el mono un parecido moral que los iguala y confunde.



¿Quién es tan canalla como el hombre?

El mono.

¿Quién es tan perverso como el mono?

El hombre.

Si alguien lo duda, que le compre un mono a Soria y se lo lleve a su casa o que vaya a alguno de esos espectáculos en que se exhiben monos amaestrados.

Así descubrirá que son desobedientes, rebeldes, traidores, astutos, cobardes, envidiosos, pérfidos,

egoístas, tragones, lúbricos, adúlteros, hipócritas, sinvergüenzas y ladrones.

¿Qué defectos del hombre no tiene el mono, y qué defectos del mono deja de tener el hombre?

Lo que falta es averiguar quién los ha heredado del otro.

Antes de pisar la América, creía, con Darwin, que el hombre descendía del mono; pero desde que subí a los tranvías de Lima, sostengo la teoría inversa.

De esta degeneración de las especies, no es lo peor que llegue un día en que principien a nacer monos, porque la venta de sus pieles sería una nueva fuente de riqueza pública.

Lo temible es que se produzca un elemento híbrido, como la mula, y que se estanque el crecimiento de la población.

Otro daño que atribuyo a tanto cruce es el desarrollo sorprendente de la criminalidad.

No pasa día sin que se anuncie, por los rapaces vendedores de periódicos, la realización de algún crimen sensacional.

“El suicidio de ayer”.

“El asesinato de hoy”.

Parece que las descripciones espeluznantes constituyen el mayor atractivo del público lector.

Al principio, creí que todos los criminales de Lima eran zapateros, por la calidad del arma empleada; pero después me impuse de que la chaveta era un instrumento popular, consentido por la autoridad.

Nada más alevoso que esa herramienta.

Una lámina de acero, delgada y larga, con filo de navaja y punta, destinada para cortar suela, penetra en la carne humana, como un alfiler.

La policía exige licencia para el uso de armas de

fuego; pero no para el de chaveta, más temible y mortífera que aquéllas.

El simple hecho de encontrar a un individuo con ese instrumento, debía castigarse con la mayor severidad: así como su venta, sujetarse a una escrupulosa reglamentación.

En cuanto a los suicidios, podrían remediarse, prohibiendo la importación de revólveres Smith fal-



sificados; pues es notorio que, para los cronistas, esta circunstancia es decisiva y agravante.

No hay descripción de un suicidio en que se deje de consignar esta frase: "Se disparó el tiro, con un revólver Smith falsificado."

¿Qué diferencia habrá entre la muerte producida por un revólver falsificado y otro legítimo?

Espero permanecer más tiempo en Lima, para descubrirla.



## EL TRABAJO

La población trabajadora de Tarapacá y demás regiones salitreras fué chilena hasta que se declaró la guerra del Pacífico, y es peruana, desde que aquélla concluyó.

Este cambio revela que los chilenos tienen ocu-



pación en su antiguo territorio, sin necesitar, como antes, buscarla en las rudas faenas de la pampa; y que los peruanos emigran de su patria, en demanda de trabajo.

Pero aquí viene el contraste.

Por unos puertos de la costa del Perú se em-

barcan los hijos del sol incaico, y por otros, desembarcan los hijos del sol naciente.

Esto hace creer que no es la falta de trabajo la causa de la emigración, desde que otro viene a buscarlo.

Sea así o no, es preciso estudiar el problema de la despoblación nacional y detener o impedir la inmigración asiática.

Recorriendo los barrios de Lima y visitando los pueblos vecinos, se descubre que ciertos ramos del comercio están exclusivamente en manos de nipones.

Los peruanos han sido definitivamente desalojados de las peluquerías, chinganas, mercados y demás puestos de ventas al por menor, y en gran parte del servicio doméstico.

Antes compartían los beneficios del negocio de comestibles con miembros de la colonia italiana, que han tenido, igualmente, que dejar el campo a los huéspedes amarillos.

¿Vale la pena de que los hombres dirigentes del país se ocupen de estos asuntos?

¿Conviene abandonar las cosas a su propia suerte o impedir que los peruanos y europeos se vayan y se sustituyan por asiáticos?

¿Por qué no hay trabajo?

Por falta de industrias; luego la preocupación del país debe consistir en crearlas.

Los más grandes y poderosos pueblos de la tierra son proteccionistas, y el Perú es librecambista.

Todos protegen y alientan sus industrias, y el Perú se declara protector de las ajenas.

Existen en Lima dos o tres fábricas que proporcionan sustento a buen número de familias, y no se las deja vivir tranquilas.

Cada congreso las amenaza de muerte.



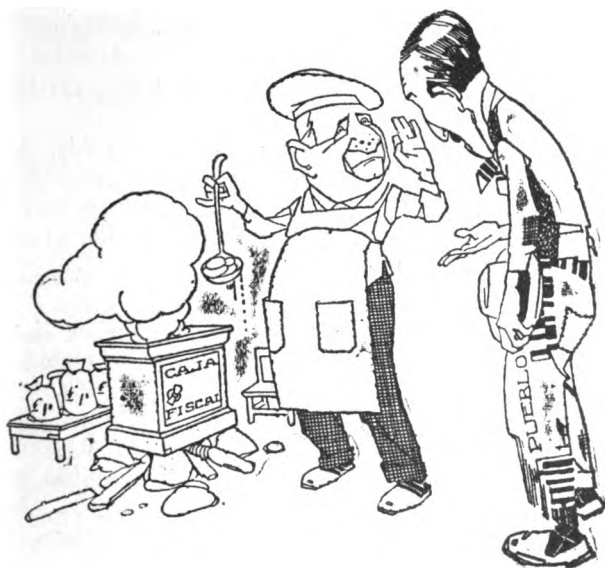
Nadie para mientes en lo que significa la producción nacional para la vida, la prosperidad y la riqueza.

No se acepta el proteccionismo, pero se amparan y fomentan ciertos privilegios inverosímiles.

Así, para favorecer a veinte o treinta fleteros del Callao, se embarcan y desembarcan los pasajeros y sus equipajes en lanchas, pudiendo hacerlo directamente por el muelle.

Para sostener el gremio de cargadores, en el mismo puerto, se les abonan jornales, aunque no tengan labor.

Y al lado de estos y otros absurdos, se declara al país libre-cambista y se le importa desde manteca de chancho falsificada y chorizos de Extremadura, hasta zapatos de Hanan y corbatas de listón.



No queda para los peruanos más fuente de recursos que el presupuesto nacional.

Si las industrias se sacrifican por las entradas de aduana, las entradas de aduana tienen que sacrificarse por la falta de industrias.

Por eso, todos quieren y casi todos viven del Tesoro.

El caldero de Lima es la Caja Fiscal.

Cuando ésta levanta vapor, todo entra en movimiento; cuando se apaga, todo se paraliza y se detiene.

De aquí resulta que los cargos y destinos públicos se crean, más que para atender a los servicios administrativos, con el objeto de satisfacer las necesidades privadas.

Las únicas fábricas que funcionan sin parar, son la Universidad y los institutos técnicos.

Cada año lanzan al mercado profesionales de bufete, que se convierten en presupuestívoros.

Siendo el gobierno quien reparte los destinos, esta atribución constituye su más ingrata y odiosa faena.

Para cada puesto hay cien pretendientes, y al preferirse uno, quedan noventa y nueve resentidos.

En cambio, el nombrado no agradece nada, porque tenía, según él, derecho al puesto, dadas su competencia y honorabilidad.

Volviendo al proteccionismo.

Ultimamente, el gobierno inglés notificó al comercio y a los particulares que se abstuvieran de hacer pedidos al extranjero, a fin de impedir la exportación de dinero.

A pesar de esto, en los meses de enero y febrero se importaron mercaderías por valor de un millón trescientas y tantas mil libras.

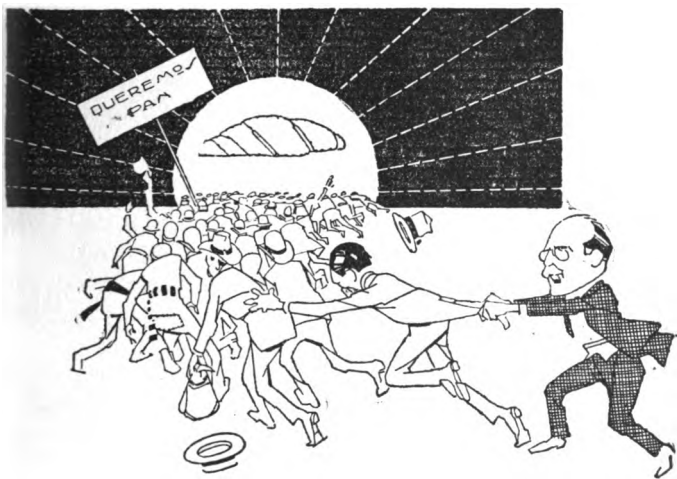
La represalia fué prohibir, en lo absoluto, las importaciones.

¿Si esto hace un país de la riqueza de Inglaterra, qué debe hacer el Perú, dadas sus condiciones económicas?

La situación de la Gran Bretaña es en estos momentos excepcional; pero la del Perú es de carácter permanente.

Cada moneda que se va, deja un vacío.

No siendo posible que las empresas extranjeras guarden e inviertan sus ganancias en el país, que



se consiga al menos, por medio de las industrias, detener la emigración de los hombres y la salida del dinero de los nacionales.

Crear fuentes de trabajo, no sólo es una necesidad económica, sino política.

Cuando los pueblos carecen de ocupación y de recursos, no tienen más expectativa que vivir del Estado.

Si se observa lo que pasa en Lima y lo que ocurre en el resto de la república, se verá que en

los centros mineros y agrícolas donde todos comen, nadie se ocupa de los asuntos públicos, que son el único tema de los hijos del Rímac.

Yo comparo al Perú con una fruta, cuya capital es el hueso.

¿Cuando se monda y se parte un durazno, por dónde se le encuentra lo podrido?

---

## LOS SOBRESTANTES

Cuando se firme la paz en Europa, y se principie a rehacer todo lo que se ha deshecho, Lima se quedará sin gente.



Digo esto, porque Lima es la ciudad de los sobrestantes.

Apenas se tiene noticia del derribo de una pared o de la construcción de un corral todo el pueblo se pone en movimiento.

¿Qué será cuando se reconstruyan naciones enteras?

Para entonces, debe preparar el gobierno los buques de la escuadra y de la compañía peruana de vapores y fletarlos para trasportar al viejo mundo a tanta gente del nuevo, ávida de trabajo.

Un sobrestante es casi un profesional.

Este oficio exige facultades sobresalientes para la buena y acertada vigilancia de las obras.

Una fábrica que no ha tenido sobrestante, es casi seguro que a los dos o tres meses de construída se venga abajo.

No todos se atreven a solicitar un destino particular o cargo público; pero un puesto de sobrestante ¿quién está impedido de pretenderlo?

Para el caso, lo mismo da haber sido torero, ministro de estado o mozo de cordel.

Es un oficio que no degrada, no imprime carácter ni establece categoría.

Por eso lo solicitan todos.

Y la verdad, que el destino es rudo.

Levantarse para estar al pie de la obra entre 8 y 9 de la mañaaa; sentarse en un rincón, seguro contra accidentes del trabajo; leerse el diario de la mañana, salir a las 11 para almorzar precipitadamente y estar de regreso entre doce y una del día, para repantigarse nuevamente hasta las 5 en el banquillo o cajón de costumbre, es una faena capaz de fatigar al hombre más activo y resistente.

A pesar de tantos sinsabores y de mil responsabilidades ocultas, el puesto de sobrestante es el más requerido y anhelado por los pobladores de Lima.

Para su desempeño no importa la edad.

Se puede ocupar el destino, desde los catorce años hasta los noventa y cinco.

Basta con tener ojos, porque la principal misión del empleo consiste en ver.

Ver que entren los peones y que no se vayan; ver que penetren los materiales y que no se los roben todos; ver a los transeúntes, ver a la vecina.

El puesto parece inventado para los peruanos.

Ganar sueldo, darse aires de autoridad, no hacer nada y verlo todo.



¿Qué destino hay semejante?

Ni una media ración de la catedral ni una ración entera; porque ambas llevan la obligación de revestirse y de rezar prima y nona en las mañanas y vísperas y maitines en las tardes.

Un sobrestante es más que un canónigo; casi puede equipararse a un pontífice o patriarca.

Inmediatamente que se tiene noticia de que se proyecta ejecutar una obra, principian a llover sobre el dueño o encargado de ella recomendaciones verbales y escritas para vigilarla.

Estando de visita un día, en casa de un amigo, presencié lo siguiente:

Tocaron a su puerta, salió a abrirla un criado y regresó diciendo:

—El señor Pérez.

—¿Qué Pérez?—preguntó mi amigo,—

¿El Doctor?

—Dice que se llama Pérez y que el señor lo conoce.

—Será Pérez el de la municipalidad. Hágalo entrar.

Al instante compareció ante nosotros un viejo decrepito y mal vestido.

—¿Qué se le ofrece? le preguntó, de mal humor, mi amigo.

—Señor, sé que necesita usted un sobrestante y vengo a ofrecerme. Usted me conoce, y tengo bastante práctica.

—Se ha equivocado usted. No necesito sobrestante.

El hombre hizo una venia y se retiró.

A los pocos minutos, volvió a repicar el timbre, y otra vez el criado se presentó diciendo:

—El señor Panizo.

—¿Panizo? ¿Qué señor Panizo? ¿El Juez? Que pase inmediatamente.

Yse repitió la escena de Pérez, con un mozalbate de color oscuro.

Minutos después, el timbre volvió a sonar y el criado anunció otra visita:

—El señor Reinoso, dijo:

—¿Reinoso? ¿Un señor de anteojos chicos? Dígame que entre.

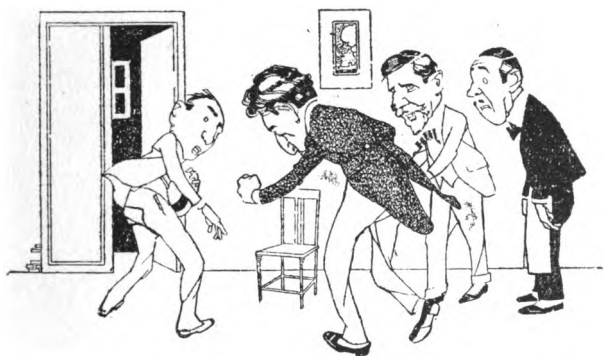


Apareció un mocetón patuleco, y mi amigo perdió el juicio.

—¡Caramba! exclamó golpeándose las piernas con las manos y poniéndose violentamente en pie. ¡Esto es intolerable! ¡Yo no necesito sobrestante, señor! Hágame el favor de retirarse y de avisar a todo el mundo, que no necesito sobrestante!

Y dirigiéndose a mí, agregó:

—Este movimiento de gente que ve usted y ese montón de cartas y tarjetas que está sobre la mesa,



no tiene más origen que haber traído unos cuantos ladrillos, para hacer calzar una pared.

La obra me constará veinte soles y estos ociosos quieren vigilarla y que se les pague cuando menos cien.

¡Qué tal empaque!

Habrá usted observado, agregó, que estos zán-ganos se anuncian con el apellido y sin dar jamás el nombre.

El señor fulano, el señor zutano; de suerte que usted los toma por amigos suyos y los recibe por equivocación.

Noté a mi interlocutor tan nervioso, que me pareció prudente dejarlo y poner fin a la visita.

Así lo hice, y al llegar a la puerta de la calle, vi un rosario de individuos que penetraban por ella, en busca del codiciado destino.

¡Vaya un país de obreros! dije para mí.

## LOS GATOS TECHEROS



Otra plaga de Lima son los gatos techeros.

Estos felinos se reproducen abundantemente y viven en los techos planos de todas las casas.

La calidad y estructura de las habitaciones, la falta de lluvias y la superficie terrosa que cubre las fincas ofrecen excelente y cómodo albergue a esos egoístas y escandalosos mamíferos.

Las noches, principalmente las de luna, parecen tempestuosas por los ruidos, golpes y estremecimientos que producen los gatos.

En los primeros días que pasé en Lima dormía mal y despertaba repetidas veces, lleno de inquietud.

Me acostaba pensando en los temblores y el menor ruido me hacía brincar de la cama.

Un día llamé al criado y le conté lo que me pasaba.

—Los que hacen todo eso son los gatos, señor, me dijo riendo.

—Pues creía que eran temblores, porque esa mampara se estremece y tiembla horriblemente.

—Los gatos, señor, los gatos que se rascan en el techo.

—¿Y no tendría el dueño del hotel un medio para ahuyentarlos?.

—Se hace todo lo posible, señor, pero si se mata uno, salen diez nuevos.

—¿Cómo puede ser eso?

—Porque vienen de las casas inmediatas.

—¿Y qué buscan en los techos? ¿Por qué no van a las cocinas?

—Van a todas partes, pero tienen predilección por los techos, porque allí pueden pasearse y pelear a su antojo.

—¿Y por qué gritan unas veces, muchas lloran y otras gimen, suspiran, se estremecen, rabian y pelean?

—Generalmente se quejan de dolor de muelas.

He recorrido medio mundo, pero en ninguna parte he visto las cosas que pasan en la capital del Perú.

Dormir en Lima es casi un prodigio.

Todo conspira contra el sueño, no obstante que a la mayoría de los peruanos les he oído sostener que el encanto de la vida es dormir.

Esto se comprende, porque en el día tienen que asistir a alguna oficina para ganar sueldo y en las noches no tienen dónde pasarla.



—Yo, me decía en una ocasión un empleado, sólo quisiera despertar los días primero y quince de cada mes.

—¿Y para qué? le pregunté asombrado.

—Para cobrar mi quincena, me contestó muy formal.

Los gatos no piensan lo mismo, porque pasan las noches en carreras y tunantadas.

Ellos prefieren dormir en el día.

Se creará que emplean la noche en perseguir a los ratones; pero mentira, porque la dedican a batiarse y torear entre ellos.

De los animales domésticos, el gato es el más indolente, perezoso y egoísta.

Si se acerca a su amo le hace creer que lo acaricia, restregándose en sus pantalones, y lo que efectivamente hace es limpiarse el pellejo.

Si se acuesta cerca de él, es para buscar abrigo.

Si se le aproxima, levanta el lomo y llora, es para que le dé comida, y una vez que se la engulle, se larga y no lo vuelve a ver más.

Lo mismo, exactamente, que ciertos hombres, incapaces de moverse, ni de dar un paso que no redunde en beneficio propio y que después que comen, tampoco se les vuelve a ver más.

Fuera de los gatos techeros hay gatos engréidos, que viven al lado de sus dueños y que no salen nunca.

Conocí una familia poseedora de una hermosa gata de Siam.

Fuí una tarde de visita y pregunté por ella.

—¡Ah! exclamó una de las niñas, ¡se la robaron!

—¿Es posible?

—¡Como usted lo oye!

—¿No hay esperanza de recuperarla?

—¡Ninguna! ¡Si hemos sabido que se la comieron!

—¿Se la comieron?

—¡Como usted lo oye! Hubo un festín en un callejón vecino, y nuestra pobre gata fué el plato de la boda.

—¿Y por qué no se comen tanto gato techero que hay en la ciudad?

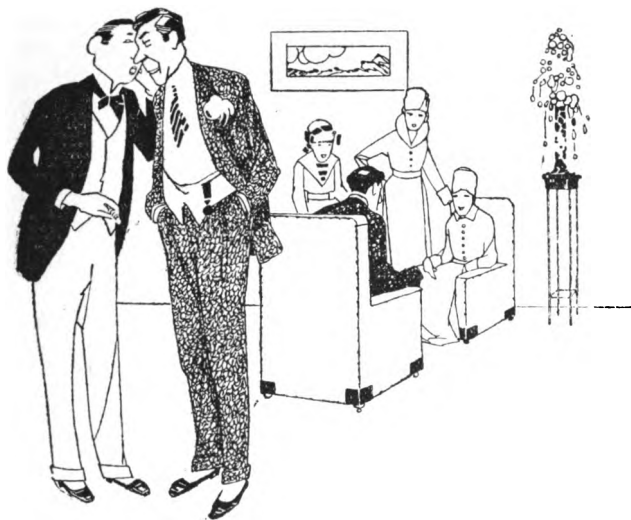
—Porque son flacos, me contestó otra joven. Vea usted, agregó; aquí no se puede tener ciertas cosas, ni ciertos animales. Si tenemos un canario que canta, se lo roban; si engordamos un pavo vuelan con él; si ponemos una bomba eléctrica nueva en el corre-

dor, se la llevan; de suerte que para vivir tranquilas, necesitamos poner bombas que no alumbren, canarios que no canten y pavos que no engorden.

—¿Pero cómo penetran los pillos a las casas? pregunté.

—¡Uf! me contestaron, si las casas no son de sus dueños, desde que hay telefono y luz eléctrica.

A cualquiera hora del día o de la noche se siente



que andan por los techos, y con decir “soy de la empresa” tenemos que callarnos la boca.

—Indudablemente, que Lima es la ciudad de los gatos techeros, contesté.

—Y eso que no sabe usted otras gracias, dijo el padre de familia; y acercándose a mí, con disimulo, me agregó al oído: son gracias de los criados, que se las contaré a Ud. cuando no me oigan las niñas.





---

## LA AVARICIA

La avaricia, como todas las pasiones humanas, se apodera del individuo cualesquiera que sean su origen y nacionalidad.

En un tiempo creí que predominaba en la raza indígena, porque había oído decir que los peruanos



se dejaban fácilmente dominar por ella; pero me he convencido de lo contrario.

Hay hombres avaros y los hay económicos.

Los primeros codician el dinero y lo acaparan por el exclusivo goce de tenerlo y los segundos lo escatiman para librarse de la miseria.

Quien ha pasado por las torturas de la inopia, hace bien en defenderse de caer nuevamente en sus garras.

Entre las pocas cosas serias que existen en el mundo, la pobreza ocupa el primer término.

Todo puede sufrirse y sobrellevarse, excepto la escasez y el hambre.

La muerte, que se nos presenta como fantasma pavoroso, no lo es tanto, y en muchos casos redime.

Su gravedad no depende de la desaparición de uno mismo, sino de la de los seres que amamos y que nos rodean.

Sin embargo, queremos a todo trance vivir.

La naturaleza ha dotado a todos los seres, inclusive a los microbios, de un poderoso y constante instinto de conservación.

Cuentan que, estando de cacería, llegó un príncipe a un villorrio y preguntó a uno de sus habitantes, por lo más notable que tuvieran en él.

—Tenemos, le contestó, al Adán del pueblo.

—¿Un Adán?

—Sí, Alteza. El progenitor de casi todos nosotros.

—Quisiera verlo, dijo el Príncipe, y se encaminó con su comitiva a la choza del anciano.

Se hallaba éste acostado dentro de una especie de cuna, envuelto en algodones y recibiendo los rayos vivificadores del sol.

La presencia del vástago real atrajo hacia la choza a la descendencia del anciano.

—Soy el Príncipe heredero, dijo al anciano, y puedes pedirme lo que quieras.

Este abrió los ojos, pero no contestó.

—No oye, dijo una de las nietas, y en voz muy alta acercándosele al oído, repitió las palabras del Príncipe, agregando éstas: ¡Pide! Pide para nosotras! ¡Ve que es el hijo del rey!

La expectativa y ansiedad de la parentela eran enormes.

Grandes y chicos se acercaban a la cuna, para



gritar al viejo que pidiera lo que más necesitaba cada uno.

El viejo no movía los labios.

Volvió nuevamente el príncipe a decirle:

—Pide, pide lo que quieras para ti y para los tuyos.

Al fin, haciendo esfuerzos, dijo lo que quería, en esta breve y única palabra:

—Vivir....vivir.

Así, como este avaro de la vida, son los avaros del dinero.

No se sacian nunca; todo lo quieren para sí y nada para nadie.

Pero la avaricia por el dinero no es verdaderamente tal, sino cuando se forma y acumula una riqueza.

No es avaro el hombre que conserva y defiende lo poco que tiene para pasar la vida. Por eso no existen tales avaros en el Perú.

Lo que hay son hombres económicos, poseedores de un mediano capital.

Como casi todos han pasado por las horcas caudinas, cuando reunen algo, tiemblan ante el peligro de que se les pueda evaporar.

Los que hacen economías, proceden perfectamente y contribuyen al enriquecimiento de su país.

Por eso, la principal labor de los gobiernos debe ser abrir fuentes de trabajo y de recursos, para que los hombres útiles adquieran dinero y se extienda y reparta el bienestar.

Pero al lado de esta obligación, debería dársele derecho para cautelar la riqueza individual e impedir que se desnacionalizara.

Todo lo que pertenece a peruanos está en venta.

El dueño de una mina, que cifra grandes expectativas en su explotación, no tiene otro pensamiento que venderla.

El propietario de terrenos e ingenios, espera vehementemente el instante en que se los puedan comprar.

Estudiando el Perú por esta faz, resulta un país en realización.

Todo está allí en venta y nadie tiene constancia ni carácter para explotar lo que posee.

Esto no importaría, si pasaran los negocios de peruanos a peruanos o de éstos a extranjeros, radicados con familia en el país.

La gravedad del hecho estriba en que van apoderándose de las fuentes de riqueza empresas ex-

tranjeras, que se llevan a tierra extraña los beneficios que alcanzan.

Por otro lado, el vendedor reúne un capital para emigrar con él; de suerte que, comprador y vendedor, perjudican al país y lo empobrecen.

El Perú se halla todavía en la condición jurídica de los menores o incapaces y su gobernante debe equipararse a un padre de familia o buen tutor.

Allí se impone el gobierno paternal.



Pocos son los peruanos que piensan con el juicio y buen criterio de un señor Fernandini, a quien conocí en una reunión.

—¿Es usted, le pregunté, el propietario de unas célebres minas de Junín?

—Sí, señor, me contestó.

—¿Y es cierto que no las ha querido usted vender?

—Cierto. ¿Cree usted que he hecho bien?

—Perfectamente.

—Si tengo en ellas una fortuna que crece, ¿qué

mejor inversión podría dar al dinero que me pagaran al venderlas?

—Piensa usted admirablemente, y es sensible que sus compatriotas no sigan este ejemplo.

—¿Usted no ha tenido minas? me preguntó.

—No señor, le repliqué, yo no he tenido nada, y tratándose de dinero, mis aspiraciones son muy limitadas y modestas. Yo no quiero minas, ni quiero haciendas, ni quiero casas ni capitales.

—Entonces ¿qué desea usted?

—Sencillamente esto: encontrar un billete de media libra, cada vez que metiera la mano en el bolsillo.

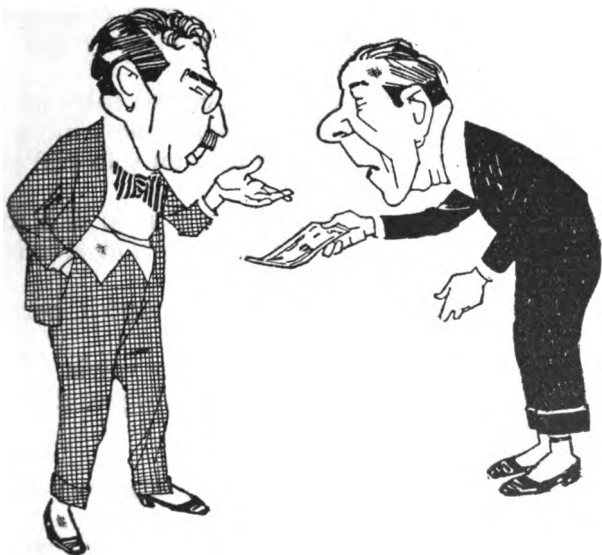
---

---

## LA MONEDA

Una tarde fui a charlar con mi amigo Chévez, y lo encontré desesperado.

—¿Tiene usted algo?—le pregunté, después de saludarlo.



—Siéntese usted—me dijo.

—¿Tal vez llego en mala hora? Volveré.

—No señor, siéntese usted, que le voy a contar lo que me pasa.

Me senté y Chévez me hizo el siguiente relato:

—Desde que se creó el cheque circular, vivo aburrido.

No crea usted que soy enemigo del billete. A mí no me importa nada tener oro, plata o papel en el bolsillo, porque lo que necesito es una moneda cualquiera, para cambiarla por los artículos que exige la vida.

Si en lugar de cheques circulares emitieran palos de fósforos, para mí sería lo mismo, si los comerciantes me los recibieran a la par.

Lo que me lleva muerto es la falta de moneda sencilla: de soles, pesetas, reales y centavos.

Dígame usted si no tengo motivo para estar violento, después de lo que acaba de pasarme y que se repite desde hace mucho tiempo.

Yo necesitaba, cuando menos, cuatro soles sueltos en el bolsillo, para salir hoy a la calle y me encontré con que no teníamos en casa un solo real en plata.

Saqué un cheque de cinco libras y se lo dí a mi mujer, para que lo mandara cambiar con el criado.

Necesitaba ir al Callao, y en los tranvías, como usted sabe, no se reciben billetes.

Pasó media hora y el sirviente no volvía.

—Si se largará este cholo con el cheque, dije a mi mujer.

—No, me contestó; es muy honrado.

Al fin vi que llegaba, me calé el sombrero y salí a su encuentro.

—Déme el dinero, le dije, y al alargar la mano, me entregó el cheque de cinco libras.

—¡Cómo! exclamé ¿Por qué no lo ha cambiado usted?

—Porque nadie quiere cambiarlo, señor.

Regresé a mis habitaciones, me quité el sombrero y llamé a mi mujer.



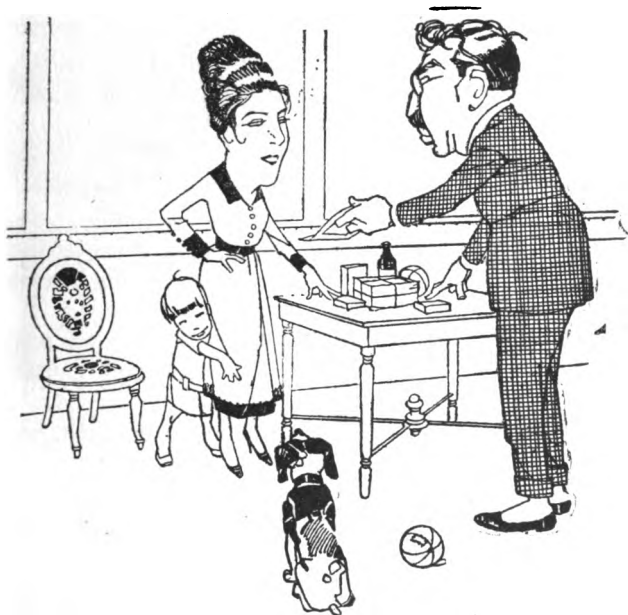
—Es inútil. No ha cambiado el billete, le dije.

—Eso era sabido, me contestó. Para que lo cambien es preciso comprar algo.

—¿Y qué compramos?

—Que vaya a la botica, por un frasco de agua de Colonia.

—¡Que vaya!



Un cuarto de hora después, regresó el criado diciendo:

—Se ha concluído el agua de Colonia, señor.

—Pues compre usted otra cosa.

—¿Qué cosa, señor?

—Cualquier cosa, hombre. Lo que se necesita es que cambien el billete. Compre usted una botella de alquitrán.

Salió nuevamente el criado y a los veinte minutos volvió con el pomo de alquitrán.

—Aquí está, señor, me dijo; pero el boticario lo ha apuntado en la cuenta, porque no tiene suelto.

—¡Maldita sea! exclamé. ¿Y por qué lo ha traído usted?

—Porque el señor me dijo que lo comprara.

—Déjelo usted allí y vaya a otra tienda, a comprar lo que le diga la señora.

Después de más de veinte minutos, regresó el hombre, lleno de paquetes, y me entregó la vuelta: ¡Cuatro billetes de a una libra!

—¿Y el suelto en plata? le pregunté.

—No ha quedado nada porque se ha gastado una libra.

—¡Rosa! ¡Rosa! llamé desesperado a mi mujer. ¡Ve lo que ha hecho este bárbaro! ¡Se ha llevado cinco libras y me devuelve cuatro!

—Yo le dije que comprara algunas cosas, para que le cambiaran el billete, me contestó muy tranquila.

—Pero si lo que yo necesitaba era sencillo. . . . ¡Soles de plata!

—Bueno. Dame un billete de a libra, para ver si se lo cambian comprándote un paquete de cigarrillos.

Entregué el billete, y otra larga e interminable espera.

Al fin llegó el criado con dos cajetillas, un sol en efectivo y tres cartones de la casa de la cigarrería, representativos de un sol cada uno.

—¿Qué significa esto? pregunté al mozo.

—Que no había más que ese sol en plata en la cigarrería.

—¡Rosa, volví a gritar, y reapareció mi mujer.

—Todo lo que ha traído en plata este bárbaro, es

un sol y yo necesito cuando menos cuatro para salir. ¡Este sol me representa ya catorce!....

—Eso no, hijo, me contestó, porque tolo lo que se ha comprado es útil.

—¿Y ahora qué hacemos para conseguir siquiera unos tres soles más?

—Dame los tres billetes que te quedan y yo misma voy al comercio, para ver cómo los cambio.

Se los llevó y acaba de regresar, poniéndome del humor con que usted me ha encontrado. Aquí tiene usted lo que me ha traído; y me señaló una moneda de un sol y otra de cincuenta centavos, que había sobre la mesa.

—Hace tres horas, agregó, que estoy cometiendo todo género de bestialidades para sacar tres soles en plata, de cincuenta soles en billetes, y no puedo conseguirlo.



Mi mujer salió a las tiendas y ha tenido que comprarse un par de botas, una mantilla y un corsé, para conseguir quince reales en menudo, que unidos al sol que trajo el criado hacen dos soles cincuenta, esto es, la mitad de lo que yo necesito para salir.

—Es chasco, le dije, muriéndome de risa.

Iba a contestarme, cuando tocaron fuera.

—Adelante, gritó, y abriéndose la puerta, vi un individuo que le entregaba un papel.

—¿Y esto qué es? le preguntó inmutado.

—El recibo de los boletos que recibió usted para el concierto del jueves.

—¿Qué boletos son éstos? Yo no he pedido nada!

—Pero se los mandaron a usted y no los devolvió.

—No los devolví por olvido.

—Esa no es la culpa de los organizadores, señor.

—¿Pero quién les pidió boletos? Y dirigiéndose a mí, agregó: ¡Esto es intolerable! No pasa día sin que le manden a uno boletos para conciertos, toros, gymkhanas y cinematógrafos. ¡El infierno! Si no tiene usted con quien devolverlos o se olvida de hacerlo, pues el cobrador al otro día.

—Yo no tengo la culpa, le dijo el hombre, insistiendo en que le pagara.

—¿Y cuánto es esto? le preguntó.

—Dos soles cincuenta, por cinco boletos.

Chévez me miró, no dijo nada: sacó del bolsillo un billete de media libra y lo entregó al cobrador.

—No tengo cambio, le dijo, y le devolvió el billete.

Chévez volvió a mirarme, y como quien va a suicidarse, sacó del bolsillo el sol que le había dado su mujer y lo pasó al cobrador.

Después de un momento de silencio, se volvió y me dijo.

—¿No tiene usted, por casualidad, cinco soles de

plata para cambiarme este billete y poder salir a la calle?

Lo siento mucho, le contesté, pero sólo tengo cinco reales.

—Pues me quedaré en casa por falta de dinero, dijo, y se echó a fumar.

—La verdad es, le agregué, que hacen falta billetes de menor tipo. . . . .

—Lo que hace falta son tipos como yo, que para conseguir un sol se gasten cincuenta, y que si ahora se necesitan treinta centavos para comprar azúcar, voy a tener que endulzar el té con una cucharada de agua de alquitrán. ¡Hágame usted patria, amigo!

—No, le contesté. Lo que deben ustedes hacer no es patria, sino economistas; y al poco rato me despedí.

---



---

## EL PROGRESO

Digan los pesimistas lo que digan, el hecho es que el progreso del Perú salta a la vista.

Basta para convencerse fijarse un poco en lo que pasa en Lima.



Cada día se empiedran más calles, se imponen más multas, mueren más muchachos, se perpetran más crímenes, circulan más automóviles, cuesta todo más caro, hay más locos, más mendigos, más suerteros y más perros.

¿Y qué es el progreso, sino la escala ascendente de todas las cosas?

Donde se dice "más" allí hay adelanto, desarrollo y desenvolvimiento.

Robar un tesoro de sesenta mil soles es un progreso, comparado con el pillaje de un reloj o una cartera.

Que haya dos diarios nuevos para publicar los mismos cablegramas, dar las mismas noticias y avisar los mismos cinemas y defunciones, es una revelación concluyente de progreso.

Y así en todo. ¿Cuándo se ha visto por ejemplo, que los trenes a la sierra tuvieran carro restaurant? ¡Pues ya lo tienen!

Un día se regocijaba un amigo mío de esa mejora del ferrocarril.

—¡Ah, me decía—¡este es un gran progreso. Yo necesito ir con gran frecuencia al interior, y puedo apreciar la comodidad que representa para el viaje un convoy con carro restaurant.

—Cierto, le contesté. Yo los he aprovechado en mis viajes por los Estados Unidos, Europa y la misma Sud América.

—No pasaron quince días, y volví a verme con mi simpático amigo.

—He estado en la sierra, me dijo, y a la ida hice el viaje en un convoy con carro restaurant.

—¿Y qué tal? le pregunté.

—¡Admirable! exclamó. ¡No cabe la menor duda de que el país progresa!

Vea usted, me agregó: yo no necesitaba ir en este mes al interior; pero desde que vi anunciados los carros restaurants, experimenté verdadero alboroto y adelanté mi viaje.

Los recuerdos que conservo de los carros restaurants en los trenes europeos, la buena comida que



en ellos se da y el servicio esmerado con que se atiende al viajero me alborotaron, y no veía la hora de renovar esos recuerdos.

—Mañana tomo el tren de la sierra, le dije a mi mujer, y si el carro restaurant está bueno y



bien servido, en mis próximos viajes te llevaré.

A las seis de la mañana del día siguiente estaba en pie, listo para dirigirme a la estación.

Como de costumbre, mi mujer me preparó el desayuno.

—No tomo nada, le dije—Quiero desayunarme en el carro restaurant.

—No seas tonto, me respondió—Allí no te darán nunca una taza de café con leche como ésta.

—¡Calla hija, calla! Se conoce, que tú no has viajado nunca en un tren con carro restaurant. . . . Y no le acepté el desayuno.

Salí de casa y tranquilamente llegué a la estación. Apareció el convoy, y lo tomé. Escogí el asiento que más me acomodaba y dejé sobre él mi abrigo, pues no quería sentarme sin tomar algo.

Me dirigí, entonces, al carro restaurant.

Pasé de mi coche a otro y de éste a un tercero, ¡y nada!

No había comunicación con el carro restaurant.

¿Por dónde se pasará? me preguntaba a mí mismo?

Saqué la cabeza por una ventanilla, y vi que el convoy se formaba de los tres coches de primera que había recorrido, de uno de segunda y de un furgón de carga.

—¿Pero cuál es el coche restaurant? seguía preguntándome; y como no acertaba con la respuesta, me dirigí a un pasajero.

—Excuse usted, señor, le dije. ¿Podría usted indicarme cuál es el carro restaurant?

—Está usted en él, me repuso. Este es el carro restaurant.

—¡Caramba! exclamé—pero si aquí no hay una mesa, ni un mozo, ni se siente olor a comida. . . .

—Así es, me contestó, pero se percibe el olor del combustible, porque se cocina con petróleo.

Efectivamente, la atmósfera del carro estaba saturada de esa pestilencia.

—¿Y cómo se arregla uno para comer aquí? seguí preguntándole.

—¡Oh! me dijo. Llame usted al brequero; dígame lo que quiere, y en estos cuatro huecos que ve usted en los asientos coloca un tablero, que hace las funciones de mesa.

Mi decepción fué enorme; pero la apliqué ante la expectativa de que me servirían un buen desayuno.



Busqué al brequero y le pedí una taza de café con tostadas.

—¿Puro o con leche? me preguntó.

—Con leche, le dije.

—Le advierto, agregó, que la leche aquí es condensada.

—Bueno, hombre! ¡Qué se ha de hacer!

Trascurrieron quince minutos, y no regresaba el brequero.

—He sido un animal, pensaba, al rehusar el café que me ofreció mi mujer.

Al fin apareció el hombre con una tabla que colocó sobre un asiento, sujetándola en los cuatro huecos que me señaló el viajero.

Después le puso encima una servilleta y por largo rato desapareció.

Yo desfallecía de debilidad y de desesperación.

Llegó por último el café con las tostadas, después de haber el convoy salido de Chosica, donde pude haberme tranquilamente desayunado.

Tomé el primer sorbo del néctar delicioso, y lo devolví por el ventanillo.

Estaba detestable y frío.

Probé una tostada y me supo a petróleo.

—¡Esto es horrendo! le grité al brequero.

Se ha demorado usted una hora para traerme el café frío y este pan incomible. ¿En dónde está el cocinero?

—En la cocina, señor.

—¿Y cuál es la cocina?

—Aquí, señor. Venga usted.

Me levanté del asiento y fui resuelto a formar un escándalo con el cocinero.

Pero mis ímpetus se calmaron y mi colera se convirtió en risa, al darme exacta cuenta de lo que era el carro-restaurant.

La cocina consistía en una tabla colocada en el rincón de un compartimiento del carro, y el fogón, en un "Primus" colocado sobre la tabla.

En el momento en que el brequero abrió la puerta, para que yo pasara, vi que el cocinero, un desgraciado negro en mangas de camisa, achicaba con

gran esfuerzo la bomba del "Prìmus", y más que un cocinero hacía el efecto de un chauffeur, inflando la llanta de una rueda de su automóvil.

Me dió tanta pena que no le dije nada.

Pagué el café con tostadas, sin consumirlo, y quedé plenamente convencido de que por más que hagan los hombres no pueden resistir a la fuerza avasalladora del progreso.

Después de este relato me preguntó mi amigo: ¿Qué le parece a usted?

—Que tiene usted mucha razón, le contesté. El progreso es efectivamente una fuerza que no detiene a nadie.

—Desde que hice ese viaje, agregó, no he vuelto a rechazar el desayuno que me prepara mi mujer, y cuando voy al carro restaurant saco el fiambre que llevo en mi maleta y le mando lo que me sobra al negro cocinero, para que el pobre no se muera de hambre.

---



---

## LOS MEDICOS

No hay profesión más ingrata que la del médico.

Al ingeniero se le puede caer una pared, a causa de un temblor.



El abogado puede perder el más justo litigio, por culpa de los jueces.

A un maestro le pueden reprobar a todos sus discípulos, porque eran unos brutos.

A un presbítero se le puede ir a los profundos infiernos un penitente, por falta de contrición.

Un general puede perder una batalla, por escasez de municiones.

A un político le pueden anular sus credenciales de diputado, por austeridad de la corte suprema.

En fin, que todos pueden atribuir sus fracasos, errores y contratiempos a terceras personas, a determinadas causas y a circunstancias especiales.

Sólo el médico, el pobre médico, es responsable de la muerte de un sér inevitablemente mortal.

Fallece un viejo de noventa años; pues a nadie se le ocurre preguntar a sus deudos:

—¿Qué edad tenía?

La pregunta que se les hace es ésta.

—¿Qué médico lo asistió?

Recuerdo que en uno de mis viajes, conocí a un distinguido médico del Cuzco, a quien notaba frecuentemente triste.

—¿Sufre usted de mareo, doctor? le pregunté un día.

—No—me dijo.

—¿Pero usted tiene algo que le mortifica?

—Sí.

—¿No es una imprudencia preguntarle qué?

—¡Hombre! Que he dejado a un hijo mío en Bélgica, estudiando para esculapio.

—El atavismo, doctor. Ya resultará tan sabio como usted.

—¿Qué sacará de eso? Siempre se le morirán los enfermos, como si fuera un animal.

—Pero la medicina, doctor, es una lucrativa y noble carrera.

—Amigo mío: la sabiduría y la nobleza no dan para comer en mi país.

—Pues en otras partes he conocido médicos enriquecidos con el fruto de su profesión.

—Pero en el Perú, ninguno. Figúrese usted que cuando menos se espera aparece un cirujano ex-



tranjero, y en seis meses se saca todos los apéndices enfermos y sanos que encuentra a la mano. ¿Qué nos queda a nosotros? Paludismo, tuberculosis y fiebre tifoidea. ¿Cree usted que se puede vivir con eso?

—¿Y ustedes, por qué no hacen cirugía?

—¡La hacemos! Pero tan pronto como aparece un operador desconocido, a todo el mundo le acometen dolores cólicos, y afuera apéndice. Cuando el operador se va, lleva los bolsillos llenos y nos deja a nosotros las barrigas vacías.

—¿De suerte que no desea usted que su hijo siga la carrera de médico?

—¡Absolutamente! ¡Pero qué quiere usted! Los jóvenes nunca atienden los consejos de la experiencia y siempre hacen lo que les da la gana.

—¿Y qué carrera ha recomendado usted a su hijo?

—Las dos únicas productivas que hay en el país.

—¿Cuáles, doctor?

—Las de fraile y boticario.

Me reí de la ocurrencia y la recuerdo siempre.

La medicina es, efectivamente, una profesión ingrata.

Para el médico no hay complacencias, descanso ni remuneración.

Si se cura un enfermo, es por su propia naturaleza, por el emplasto casero que lo aplicaron o por milagro de la Virgen del Socorro.

Si se muere, es porque el médico se equivocó.

A nadie se le saca de su cama, del teatro, de un banquete ni de ninguna parte; pero al médico se le arranca de donde esté, para que vaya a atender a un tragón, envenenado con unas "*señoritas al natural*".

Agréguese a todo esto el desprestigio y la difamación, en el caso de un error efectivo o supuesto.

Cierto día me quejaba de dispepsia y me propuse ponerme en manos de un especialista.

Lo supo un amigo mío y fué a buscarme

—Sé—me dijo—que piensa usted consultar al doctor X sobre su dispepsia.

—Sí—le contesté.

—No lo haga usted—me agregó,—porque a mí, casi me mata.

—¿Cómo así?



—Pues fuí donde él, le expuse lo que sentía y me diagnosticó una gastralgia. “Sujétese usted—me dijo—a este régimen alimenticio y fume usted sólo un cigarrillo después de cada comida”. Observé el régimen un día, dos y tres; pero me sentí tan mal, que regresé donde él.

—Estoy peor—le dije.—Ahora me es imposible soportar los alimentos, cosa que no me pasaba antes.

—Eso no puede ser—me contestó indignado—

La alimentación que le he prescrito es perfectamente sana.

—¿Pero el cigarrito, doctor?

—¿Habrá fumado usted mucho?

—Sólo el cigarrillo que usted me ha recetado, después de cada comida.

—¡Eso es imposible! Un solo cigarrillo no puede hacer ese estrago a un fumador.

—¡Pero doctor!—le dije—¡Considere usted que yo no soy fumador y que no he fumado nunca!

El doctor se puso rojo y yo, desde entonces, estoy amarillo, como usted me ve.

—¿Sigue usted mareado?—le pregunté.

—No es eso—me replicó—sino que mi mal no estaba en el estómago, sino en el hígado.

—¿Así es que el médico se equivocó?

—¡Es un animal! ¡No piense usted en consultarse con él!

—¿Y a quién veo?

—Vea usted a un médico chino, que éstos, por el pulso, le adivinan a uno lo que tiene.

Pasé algunos días indeciso, y al fin hice un buen ánimo y busqué a un médico del Celeste Imperio, que me dejó abismado.

—¿Enfermo?—me preguntó apenas lo saludé.

—Por eso vengo—le contesté, y tomándome el pulso, me sometió al siguiente interrogatorio:

—¿Mucho cansancio?

—No.

—¿Fatiga en la noche?

—No.

—¿Mucha tos?

—No.

—¿Dolor de cabeza?

—No.

—¿Mareos?

—No.

—¡Ah! ¡El estómago, el estómago!—exclamó con aire de triunfo.

—Efectivamente, sufro del estómago, le contesté.

—¿Mucho dolor?

—No.

—¿Hinchazón después de comer?

—No.

—¿Mucha sed?

—No.

—¿Poco apetito?

—No.

—¡Ah! sí, sí! ¿Vinagreras?

—¡Esto es! ¡Vinagreras!

Me dejaron sorprendido y abismado el arte y la facilidad de adivinación que tienen estos sabios.

A nuestros pobres médicos tenemos que decirles lo que sentimos, lo que nos duele y lo que nos mata; pero a un chino basta con estirarle el brazo, y ya está: lo descubre y diagnostica todo. Y no hay modo de engañarlo, ni posibilidad de que se equivoque.

Esto no obstante, me pareció una traición a mi raza y a mis principios propinarme la pócima que el chino me vendió y que, por acto de estricta y severa cortesía, le recibí.

Le conté a otro amigo esta escena, y se espantó.

—¡Buscar a un médico chino!—me dijo.

—¿Pero a quién busco?

—¡Pues a un homeópata! ¿Cree usted, que existe un sistema superior al de la homeopatía?

Seguí el consejo y me entregué a un homeópata.

—Pronto estará usted bueno—me aseguró el especialista.—Disuelva usted en la lengua, tres veces al día, cinco grajeas de las que le venderán en tal botica, con esta receta.

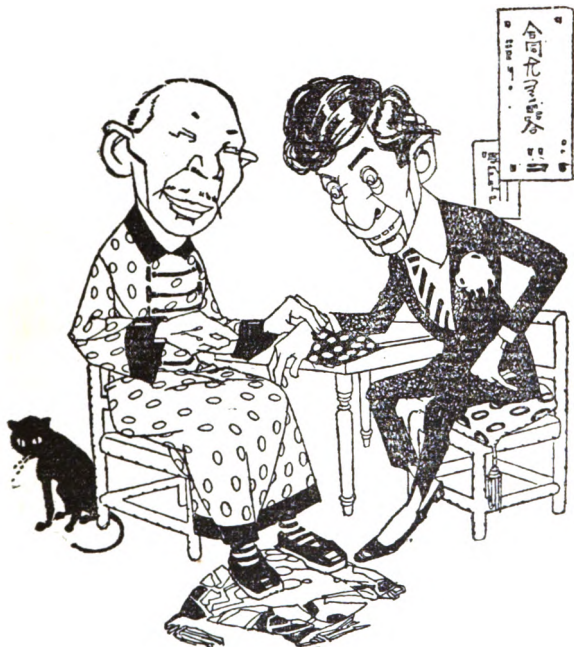
Fuí a la botica, y el boticario se compadeció de mí.

—¿Para quién es esto, señor?—me preguntó.

—Para mí.

—¿De qué padece usted?

—De vinagreras.



—No pierda usted su tiempo, tomando estas tonterías.

—¿Pues qué tomo?

—Tome usted bicarbonato.

—Lo he tomado y no me hace efecto.

—¡Imposible! Le voy a dar a usted unos comprimidos excelentes de Parke Davis.

Le compré un frasco y me lo llevé al hotel.

A la hora de la comida lo coloqué sobre la mesa, y al verlo el criado que me servía, me habló así:

—¿El señor va a tomar remedio?

—Sí. Estas pastillas.

—¿De qué padece el señor?

—De vinagreras.

—Yo tengo un remedio muy bueno para eso, que le puedo dar al señor.

—¿Qué remedio?

—Una hierba que vende una paisana.

—¿Y la puedes conseguir?

—Si el señor quiere, mañana se la traeré.

—Perfectamente, tráela mañana y no tomaré las pastillas. Llévate el frasco.

—Al día siguiente, en el almuerzo, me presentó el mozo una taza de agua hervida, con unas hojas dentro.

—Esto es cedrón—le dije inmediatamente que sentí el olor—¡Llévatelo!

—Pruébelo el señor y verá que es muy bueno.

—¡Llévatelo, digo!

Al oír este diálogo un comensal vecino, se levantó de su asiento y se acercó a mí.

—¿Usted toma remedios?—me preguntó alarmado—¿De qué sufre usted?

—De vinagreras, señor.

—¡Uf! Yo he padecido de eso muchos años. Si no quiere usted sanar nunca, tome drogas.

—Si les tiemblo. Ya ve usted que acabo de rechazar la taza que me ofrece este criado.

—Muy bien hecho.

—¿Pero usted se ha curado, señor?

—Simplemente, suprimiendo las grasas, el ají y los dulces.

—¿Algún médico se lo aconsejó a usted?

—¡Si yo soy médico!

—¿Y es usted enemigo de los remedios?

—¡Los abomino!

—¿Y cómo atiende usted a sus enfermos?

—Tengo que recetarles, a pesar mío, porque si no lo hago, no me vuelven a llamar.

Recetando, ganamos dos: el médico y el boticario. No recetando, ganamos otros dos: el enfermo y la familia.

El dilema es fácil de resolver.

—¡Es muy ingrata la profesión de médico! exclamé.

—¡Ingratísima!—dijo él. Y después de un rato de charla, cambiamos nuestras tarjetas y nos hicimos amigos.

---





---

## EL VENDEDOR DE PAJAROS

Nadie sabe para lo que nace, ni nadie nace para nada.



Así, por ejemplo, Soria, el festivo y ameno expendedor de pájaros y artículos alimenticios de la calle de la Concepción, nació para médico hidráulico, guardabosques, doctor en letras o profesor de filosofía y ha resultado vendedor de queso de Huallanca, papagayos y pericos, aceitunas, loros y papamoscas, mantequilla, canarios y pichones, jamón inglés, monos y palomas.

Su tienda, que es un enjambre, con aspecto de trinchera prusiana, imprime animación, da vida y movimiento a la calle en que funciona y abarca la acera y parte de la calzada, pues en ella exhibe y localiza aves libres y enjauladas, gallos en traba y costales con chalona.

Su derecho para ocupar la vía pública está fundado en los sanos principios de la prescripción, cuyo título justifica la circunstancia de serle imposible encerrar y mantener dentro del reducido espacio de un boliche el sinnúmero de animales, mercancías y menesteres, que constituyen su capital y su fortuna.

Para economizar y atender a su numerosa clientela, ha inventado un sistema de venta, con toques de campana y soplos de flautín.

—¿Cuánto cuesta este perico? le pregunta un comprador.

—Cinco soles, contesta él.

—¿Me lo daría usted por cuatro?

—He dicho que cinco, replica, y da un toque sonoro de campana.

Esto significa que el negocio ha fracasado y que no hay nada en discusión.

—Déme usted un pan con queso, le dice otro.

—¿Grande o chico? le pregunta mostrándole un pan de guerra de tres centímetros de largo y uno más pequeño, que parece un grano de café.

—¿Cuánto vale el grande? le pregunta el comprador.

—Diez centavos, le replica.

—Le daré ocho.



La respuesta es un toque breve y agudo, del pitto que, sujeto a una cadena, lleva colgado al cuello. Y mientras ajusta o rechaza estos negocios, se

da tiempo para disertar sobre temas políticos y filosóficos, dar consejos higiénicos y recetar pediluvios, baños de tronco, de esponja y de sol.

—¿Tiene usted algo dañado?—me preguntó un día, que me detuve a la puerta de su tienda.

—El bolsillo, le contesté sonriendo.

—¡Uf! me replicó. Yo me curé de eso, vendiendo estas porquerías y cuanto pájaro meto en jaula.

—Desgraciadamente no puedo hacer lo mismo.

—Lo comprendo—me contestó—porque ustedes, los grandes, se pasan la vida desplumándose.

—¿Qué llama usted desplumarse?—le interrogué en tono serio.

—¿Desplumarse? Pues hacerse la guerra unos a otros, envidiarse y morderse sin cesar.

—No comprendo.

—Pues sí. Mientras nosotros luchamos por la vida, ustedes luchan por los honores y el poder. Mientras yo me ocupo en vender un chorizo, ustedes pelean una diputación, y cuando son diputados, pelean los ministerios, y cuando ministros, la presidencia de la república. Y en lugar de contribuir al progreso, al enriquecimiento y a la grandeza del país, lo posponen todo a sus ambiciones individuales.

—Hoy está usted de mal humor, Soria. ¡Hasta otro día!

—No se vaya usted y escúcheme un rato. Diga usted ¿Quiénes trabajan más por el bien de su país: los comerciantes que están, como yo, pegados al mostrador o esos señores que se pegan a la caja fiscal?

—¡Hombre! cada cual labora en su esfera.

—¡No, señor! El patriotismo no consiste en percibir un sueldo, sino en aumentar las rentas pagando contribuciones y acrecentando capitales.

—Repito que hoy está usted intratable, Soria.

—Sí, pues; a ustedes no les gusta que se diga la verdad. Vea usted si no tengo razón para molestarle, cuando desde hace veinte días no pasan por aquí sino candidatos, que van al congreso a entregar sus papelotes. Ninguno de esos me ha pedido un pan con aceitunas, ni me ha comprado un pájaro cantor.

—Pero usted no ignora que los representantes



son los padres de la patria y que sin ellos no habría leyes, ni. . . . .

—Lo sé todo, pero a mí nunca me ha dado por allí. He vivido siempre alejado de la política, porque veo que los buenos no sacan de ella sino decepciones e ingratitudes.

—Un pan con jamón, pidió acercándose un cliente.

—¿Con mostaza?—le preguntó Soria.

—Si, contestó el comprador.

Tomó Soria por el mango un afilado cuchillo, partió un pan y después unas piltrafas de carne; sacó con la punta del mismo instrumento un adarme de mostaza, que untó en las dos tapas del pan, dentro de las que aprisionó las fibras de jamón, y previo pago de los diez centavos, entregó la presa al parroquiano.

—Como íbamos diciendo, agregó, yo no he querido nunca ocupar un puesto público.

—Ha procedido usted con juicio, le contesté, siga usted así y no olvide dos consejos que le voy a dar.

—¡Diga usted!

—Simplifique usted su vida y no cambie nunca de nivel.

—Así es, me dijo. Siempre he observado que los conflictos en que nos encontramos, son creados por nosotros mismos. Simplificar, como usted dice, es el sistema para vivir tranquilo y feliz. ¡Cuántos hombres andan por allí cargados de complicaciones y sin poder salir de la tela que se han tejido ellos mismos!

—Veo que es usted un gran filósofo.

—¿Pero cree usted que la filosofía está en pugna con el comercio? ¿No considera usted, además, que el trato con estos animales, me da que pensar y me ofrece temas de comparación entre ellos y los hombres?

—Sigue usted filosofando, Soria.

—Considere usted que mi vida, entre tantos animales, me hace meditar. Dentro de estas jaulas todo es lucha. Si junto dos gorriones, se destrozan hasta que uno se impone y domina al otro.

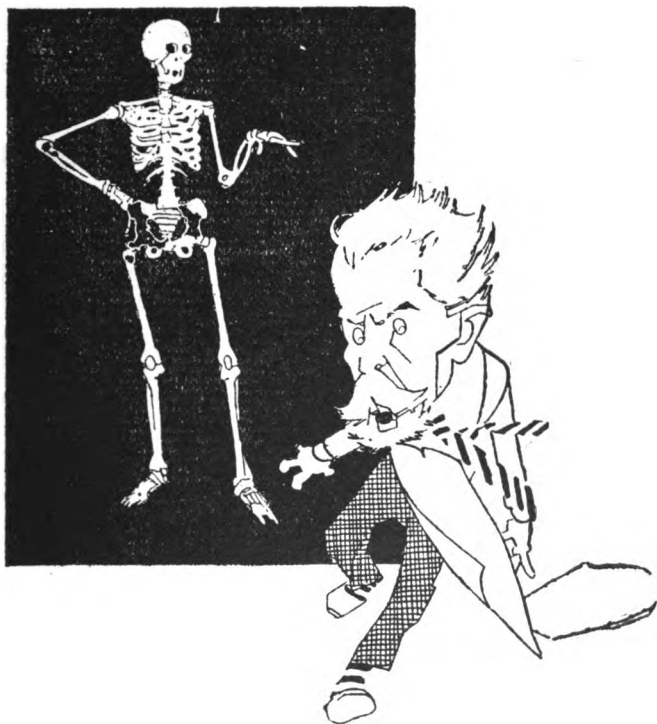
Algunas veces he tenido el proyecto de reunir a todos los pájaros en una misma jaula, pero no lo he hecho, porque sé que pasaría lo que ocurre en-

tre los hombres y que unos cuantos dominarían a los demás.

—Mejor haría usted si les abriera las puertas y los dejara en libertad.

—Cualquiera diría que no le gustan a usted los animales.

—Me gustan algunos, pero no para tenerlos. Co-



*Lt. C. Ainslie Dabney*

mo llegamos a encariñarnos con ellos y viven poco, su muerte nos hace sufrir.

—Yo no les tomo cariño, porque los tengo para venderlos. Llévelos usted un loro a los niños.

—¡Gracias! He prohibido los animales en casa, desde que mis hijos tuvieron un perro que les envenenaron, un canario que se escapó de la jaula y un perico que se comió el gato.

—Tiene usted razón. Todo en la vida acaba en pesar y concluye en dolor. Si supiera Ud. lo triste que es mi existencia desde que soy viudo.

—Pues cátese Ud. otra vez.

—¡Eso nunca!

—¿Por qué?

—Porque para eso sería preciso que resucitara mi mujer.

—¿Tanta fidelidad le guarda Ud.?

—No es eso, sino que a mis años no se puede inspirar amor, ni podría encontrar una segunda mujer que se asimilara a mí, como lo hizo la primera.

—Pero Ud. no tiene hijos y necesita que alguien lo cuide.

—¡Oh! Llegando a cierta edad no debemos pensar sino en saber morir y ya hace tiempo que me ocupo de eso.

—¿Y a quién dejará Ud. su fortuna?

—¿Fortuna? No la tengo y mi heredero universal será el mono.

—¿Qué mono?

—Pues éste. Este que Ud. ve. En mi testamento dispongo que lo suelten dentro de la tienda por tres días, tiempo que calculo suficiente para que destruya y se coma cuanto encuentre.

—¿Y el dinero?

—Yo no tengo más dinero que el de la venta diaria. Las utilidades las gasto en comida para mí



y mis animales. ¿Cree Ud. que soy tan bobo que guarde plata, para que otros se procuren con ella los goces de que me hubiera privado?

—Por eso no es Ud. rico, Soria.

—Ni quiero serlo. He observado que la riqueza conduce a la avaricia, a despertar envidia, y la envidia a que se atente contra nuestra vida.

—Todavía no está usted en edad de pensar en la muerte, Soria.

—Pues hace tiempo que pienso en ella.

—¿Y qué llama usted saber morir?

—Arreglar nuestras cosas y no dejar recuerdos ingratos; hacer el bien posible y a medida que se van endureciendo las arterias, ir ablandando el corazón.

—¿No tiene usted amor a la vida?

—Cada día le tengo menos. Hace treinta años, me espeluznaba la muerte; pero ahora, no. La naturaleza va preparándonos. La decadencia física, por un lado, y las decepciones morales, por otro, llegan a producir hastío y cansancio. Además, viviendo mucho, resulta que nos quedamos solos, sin familia, sin amigos, sin conocidos, casi puede decirse entre extranjeros.

—¿Pero es usted feliz?

—Según lo que usted entienda por felicidad.

—¡Hombre! No pasar penas, no sufrir enfermedades, tener con qué vivir.....

—Penas no le faltan a nadie; salud no se tiene nunca completa y los recursos para un hombre de trabajo pueden faltarle cualquier día. Por esto aplaudo el socialismo. No creo que hay derecho para que unos acaparen la fortuna, mientras otros se mueren de hambre.

—¿Quiere usted el reparto social?

—No soy de extremos; pero me parece que el

Estado debe gravar las grandes fortunas, para crear un fondo que le permita atender a quienes por causa de los años o de las enfermedades se inhabilitan para el trabajo. ¿No somos iguales?

—Efectivamente, pero dentro de esa igualdad, hay inevitables desigualdades.

—¿Así es que usted cree que soy feliz?

—No sólo yo sino todo el mundo.

—¿Pero usted cree en la felicidad?

—¿Y usted cree en la desgracia?

—Claro que sí.

—Pues la falta de desgracia, es la felicidad.

—Tiene usted razón. Mirando las cosas por ese lado, puedo decir que soy relativamente feliz.—  
¿Y cuál es, a juicio de usted, la mayor de las desgracias?

—¡La miseria! ¿Y para usted?

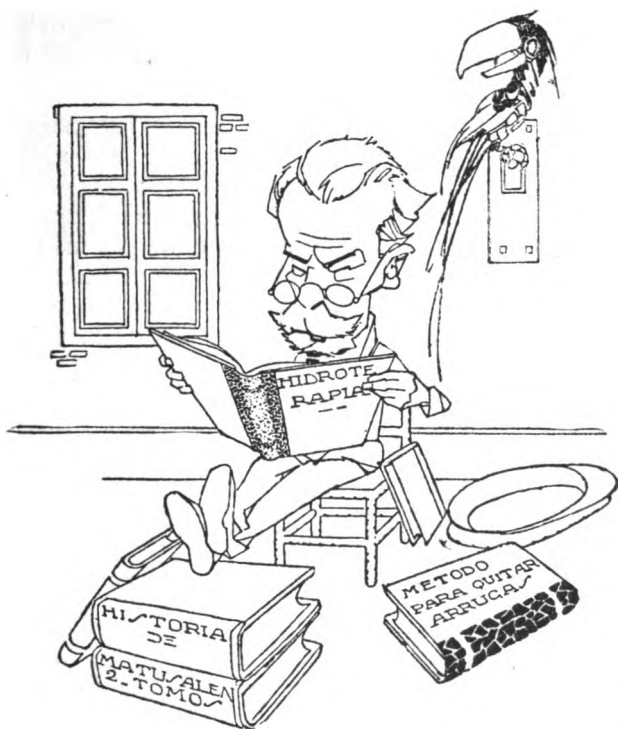
—¿Para mí?.... que en lugar de ser inmortal el alma, no lo sea el cuerpo.....

—¡No diga usted disparates! Adiós, Soria!

—¡Hasta otro día! ¡Venga usted siempre!

## EL FILOSOFO

Cada vez que me preocupe un tema, que me asalte una duda o se me presente un conflicto de carácter político, económico o social, no iré a discutir ni a consultarme con mi amigo el doctor Cornejo, profesor de Sociología y de otras hierbas en



la Universidad de San Marcos, sino que buscaré a Soria, el vendedor de pájaros de la Concepción.

He descubiertō en este industrial tan hondo espíritu filosófico y tan profunda experiencia de la vida, que me hace pensar si no será mejor vivir, como él, entre animales, que vivir entre hombres, como yo.

¿A qué debe Soria, en efecto, su espíritu analítico, su sano criterio, su severo juicio, su alta filosofía y su incontrastable lógica?

No puede ser al trato continuo, monótono y vulgar con sus marchantes, ni con los tertulios de su tienda; porque no los tiene.

Todo lo debe Soria, después de su equilibrio cerebral, al contacto, observación y estudio de los animales de que se rodea.

El se ha formado un mundo original y propio, del que recoge constantes enseñanzas, que aplica con talento a los seres humanos.

Soria no tiene biblioteca, no posee más obra de consulta que un folleto de hidroterapia, ni más libros que los que deshoja para envolver aceitunas, ya sean aquellos la Divina Comedia, del Dante, o la recopilación de los fallos electorales de la Corte Suprema.

Pues un día, después de una charla de sobremesa del almuerzo, en que se agotó el tema de los hijos, sin llegar a conclusión alguna, tomé mi sombrero y me dirigí donde él.

—Vengo, le dije, a tener un rato de conversación con usted, porque en casa hemos estado discutiendo, respecto a si los hijos que más convienen son los hombres o las mujeres y deseo conocer la opinión de usted.

—¡Uf! exclamó. Yo tengo estudiado y resuelto ese punto, desde hace muchos años.

—¿Cuál es su opinión? ¡Hable!

—Lo que conviene, más que todo, es no tener hijos.

—¡No diga usted eso, hombre!

—Pues lo sostengo. ¿Qué traen los hijos? Cuidados, preocupaciones, intranquilidad, zozobra, gasto



y un adarme de goce por una tonelada de amarguras.

—¿Qué sería de la humanidad, si todos pensáran como usted?

—No tenga cuidado, porque a la humanidad no la detiene nadie, en su camino.

—Piense usted en que nuestros hijos son nues-

tra mejor obra; que en ellos nos vemos reproducidos; que perpetúan la especie humana, aumentan nuestra raza y extienden nuestro nombre.

—¡Todas esas son pamplinas! Una vez que usted se muera ¿qué importa su nombre? ¿Quién le garantiza a usted que se lo conserven con dignidad? Y asimismo ¿que vale eso? ¿Cree usted que después de la segunda generación, se sabrá siquiera que ha existido usted? ¿Oye usted hablar a alguien de su tatarabuelo o bisabuelo? ¿Qué empeño en perpetuarse es ese? ¿Para qué? Lo racional es pasar esta fugaz existencia lo mejor que sea posible y no pensar en lo que suceda, cuando nosotros hayamos acabado.

—¡Es usted un monstruo, un egoísta, Soria!

—¡No, señor! Lo que yo quiero para mí lo quiero para todos.

—Pero lo que usted dice no puede ser y debemos siempre colocarnos en el terreno de la realidad. Contésteme usted lo que le he preguntado: ¿Qué hijos son mejores, los hombres o las mujeres?

—Ya que me precisa usted así, le diré que los hombres.

—Déme usted sus razones.

—Allá voy; pero antes, permita usted que me lleve este guacamayo, que no nos deja hablar.

Le pidió la pata al animal, alzó con él, y al instante regresó diciendo:

—Pues los hijos hombres son preferibles.

—Yo creía que las mujeres, porque su educación es más sencilla, están rodeadas de menores peligros, hace en ellas mucho el ejemplo, se quedan con uno y.....

—¡Calle usted! ¡Mejores son los hombres!

—Fijese usted en que un hijo puede deshonar a toda la familia, y que por mucho que se haga por

dirigirlo y encauzarlo, si no es de buenas tendencias, si se junta con malos amigos, no hay poder humano que lo enderece y componga.

—Mejores son los hombres, a pesar de todo lo que usted dice.

—Vamos a ver. Los hombres están rodeados de amenazas de toda especie. Además, necesitan que los dote la naturaleza de ciertas facultades; en tanto que a las mujeres, no. Para ellas basta un poco de sentido común, regular ortografía y buenos sentimientos. El hombre requiere un perfecto equilibrio cerebral y poseer de todo un poco: inteligencia, memoria, voluntad, ilustración. Del conjunto de estas cualidades, resulta el individuo.

—¿De suerte que usted quiere que sus hijos sean perfectos?

—Nada de eso. Acabo de decirle que deben ser equilibrados y que han de tener de todo un poco. Un sujeto, cuyas facultades sean medianas, es superior a otro, en quien sobresalga una sola. Un hombre muy inteligente sin carácter, sin moralidad y sin corazón, es un mal elemento. Preferible es que esa gran inteligencia se distribuya entre todas sus facultades y no que las absorba.

—Comprendo. Siga usted.

—Pues un hombre puede resultar bruto, canalla, ladrón, borracho, jugador, averiado, etc.

—¿Pero usted mismo no acaba de decirme, que en los hijos se ven los padres reproducidos? ¿Cómo teme usted ahora que se aparten de esa manera de sus progenitores? ¿No dice usted, también, que la educación y el ejemplo los forman y orientan?

—He dicho eso y lo creo; pero toda regla tiene excepción y nadie está libre de que la excepción le toque. En cambio, las mujeres se hallan exentas de esas calamidades.

—¿Cree usted en el atavismo?

—Sí, pero no de un modo absoluto. Tratándose de vicios y defectos, el atavismo es evidente; no así respecto de las buenas cualidades de los padres, que en infinitad de casos no se heredan.

—¿De suerte que es usted decidido partidario de las hijas?

—Porque me parece que son, para los padres, mejores que los hombres.

—Permítame usted que le diga que está completamente equivocado. Oígame usted: si le sale a usted una hija bonita, prepárese por lo pronto para soportar los moscardones que se la persigan.

Las pobres mujeres tienen que esperar que las escojan, mientras que los hombres eligen a quien les da la gana. Para ellas es asunto de suerte, lo que para los hombres es fruto de cálculo.

No digo, con esto, que todos vean en el matrimonio cierta clase de conveniencias; pero el hecho es que el hombre se casa con quien quiere y la mujer con quien puede.

—Pero en esto no dice usted nada nuevo, amigo Soria.

—Lo sé; pero todo conduce al convencimiento de que los hijos son preferibles a las hijas. La sociedad y las costumbres modernas han cambiado por completo la organización, métodos y disciplina de nuestros tiempos. Hoy no son los padres quienes eligen sus relaciones y escogen sus amistades, sino las hijas. Ellas reciben, visitan, van y vienen, entran y salen, y ya verá usted cuando sus hijas estén maltonas el papel que tendrá usted que desempeñar en su casa. Conozco familia, en la que a las 11 de la noche todos los hijos hombres duermen, mientras están las niñas de baile donde alguna amiga, hasta después de la madrugada. Si-



guiendo así las cosas, habrá que dar la llave de la puerta de calle a las mujeres y quitársela a los hombres.

—Lo que usted dice puede ser exacto; pero en



gran parte depende de la falta de carácter y de autoridad de los padres.

—Nadie puede vencer la corriente. ¡Ya caerá usted!

—No lo niego; pero será protestando.

—¿Conque dice usted, que los hijos hombres

pueden salir malos, inclinados a los vicios, etc. etc?

—¡Claro!

—¿Y si tiene usted la desgracia de que una hija suya se enamore y se case con un demonio, que tenga todos esos defectos, no es verdad que le ha echado a usted auestas un hijo que hará la desgracia de ella misma, de usted y de toda su familia?

—¡Hombre! ¡Eso es verdad!

—Luego tiene usted que convenir conmigo, en que los hijos son mejores que las hijas.

—¿Pero dónde diablos ha estudiado usted y aprendido esas cosas?

—En el gran libro de la experiencia.

—¿Cuántos años tiene usted, Soria?

—No me haga usted esa pregunta, porque no debemos contar los años que hemos vivido ya, sino los que nos faltan vivir, y yo espero vivir muchos, todavía.

—¿Y en qué se funda usted para abrigar esta esperanza?

—Entre otras cosas, en que no abandono nunca el buen humor y pongo con él en fuga a todos los males.

Observé, entonces, que varios compradores esperaban que Soria los atendiera.

—Me retiro, le dije, para que despache usted a sus marchantes.

—“E pur si muove,” me contestó sonriendo.

—Ya lo veo, le repliqué. Es usted un sol en este barrio. Todos giran al rededor de su tienda.

—¡Pobre Galileo! exclamó.

—¿Conoce usted su historia?

—¡Ya lo creo! Cuando cayó en manos del Santo Oficio, un Cardenal, queriendo salvarlo, se le acercó y le dijo: Galileo: ¿Cómo te atreves a negar que el sol se mueve, cuando la Sagrada Escritura dice

textualmente que Josué le mandó que se parara? y le repuso: Por eso digo que está parado; porque Josué lo paró.

Se echó a rebanar queso, y yo tomé las de Villadiego, despidiéndome hasta otro día.

---



## LA INDEPENDENCIA

Soria está en camino de malograrse o de perderse.

Al pasar ayer por la puerta de su tienda, lo ví con un libro abierto entre las manos.

Me alarmé y fuí hacia él.



—¿Qué hace usted Soria? le dije.

—Leo, me contestó.

—¿Leyendo usted? ¿Con qué objeto? ¿Qué lee usted?

—Deseo instruirme. Este tomo es del gran filósofo Maeterlink.

—¿Qué necesidad tiene usted de meterse esas cosas en la cabeza? ¿Las entiende usted siquiera?

—En muchos puntos estamos en perfecto acuerdo, pero hay otros en los que, francamente, por más que me devano los sesos, no lo entiendo.

Usted no necesita estudiar filosofía. Tire ese volumen por un rincón y conversemos un rato.

—Con mucho gusto.

—Dígame, Soria: ¿Entre sus curiosidades, no ha tenido usted nunca gallinazos?

—¿Quiere usted uno?

—¿Qué ocurrencia! ¿Para qué voy a querer eso?

—Pues hace algunos años conseguí un pichón, pero no lo pude soportar por sus graznidos, sus piojos, su fetidez y por los horrendos picotones que me daba.

—¿Sabe usted cuántos años vive un gallinazo?

—Creo que cien. Tantos como el loro.

—¿De suerte que para el centenario de nuestra independencia existirán algunos cuervos, testigos oculares del magno acontecimiento?

—Seguramente.

—Debería usted procurarse un ejemplar para esa fecha.

—¿Cómo podré dar con uno de la época?

—Piense usted en que sería muy interesante presentar un gallinazo vivo del tiempo del coloniaje.

—¿Y cómo puedo saber que es de ese tiempo?

—Si usted, que estudia a los animales, no es capaz de descubrirlo ¿quién se lo va a decir?

—Efectivamente, que sería un buen golpe. Voy a pensarlo.

—Dígame usted ahora. ¿Cómo se explica que el animal más repugnante, sucio y vil tenga tan larga vida?

—Secretos de la naturaleza.

—¿Y que el hombre, lleno de cuidados y de higiene, viva menos?

—Secretos de la naturaleza, le repito.

—Déjese de dar esas contestaciones, que sólo sirven para disimular la ignorancia. Todas las cosas se explican y tienen su razón de ser.



—Ya que usted lo quiere, le diré lo que pienso. Para mí, eso de la higiene es una farsa.

—¿Cómo dice usted esas herejías, Soria? ¿No sabe usted que la higiene es el arte de conservar la salud?

—¿Y cómo hay tantos que viven en los muladares y no se mueren?

—¿Pero usted mismo no recomienda a todo el mundo baños y abluciones y se ha convertido en el Mahoma de este barrio?

—Los baños son otra cosa y yo los recomiendo para curar.

—Si a juicio de usted son buenos para curar, a juicio de los higienistas son buenos para prevenir.

—Si la higiene se redujera a eso, santo y bueno; pero en nombre de ella no hacen sino fastidiarnos. Aquí, por ejemplo, vienen de la Municipalidad todos los días para notificarme que ponga piso impermeable, que barra, que lave, que pinte y que me cambie de mandil cada quince días. ¿De dónde voy a sacar yo plata para todo eso?

—Debe usted obedecer, Soria.

—Son cosas que no he hecho nunca, y ya ve usted que vivo.

—Pero si no se enferma usted, pueden adquirir una infección los compradores que entran a la tienda y aun sus animales.

—¿Los animales? ¿Me aconseja usted que los someta también a un régimen higiénico?

—Así vivirán más.

—¿Quiere usted que bañe al gato, que purgue al mono, le dé ipecacuana al guacamayo y agua mineral a los canarios?

—Yo no digo eso, sino que los cuide usted y los mantenga siempre limpios.

—¿Más limpios quiere usted que estén?

—En lugar de leer a Maeterlink, debe usted buscar un tratado de higiene y repasarlo, Soria.

—Lo que yo sé, es que cuando estaban las acequias descubiertas; cuando se comían fresas, frutillas y verduras crudas y se tomaba el agua del caño, no había fiebre tifoidea, ni peste bubónica, ni se moría la gente, como se muere ahora.

—¡Vamos! ¡Vamos! No diga usted disparates!



¿No sabe usted que las enfermedades se contagian y transmiten por medio de gérmenes o microbios traídos de otros lugares? Si nuestra higiene estuviera tan atrasada como en la época de las acequias descubiertas, no existirían en Lima ni los gallinazos.

—Ya que vuelve usted a hablarme de los gallinazos, le diré que la idea de exhibir uno para el centenario me está dando vueltas en la cabeza.

—Sería un buen negocio.



—¿Qué le parece a usted que debo hacer?

—En primer lugar, consígase usted un pichón y dedíquese a educarlo.

—Pero un pichón no es un gallinazo del tiempo de la Independencia.

—¿Y quién va a saberlo? ¿Teme usted que él vaya a decirlo?

—No, pero....

—¡Qué pero, hombre! El gran público no investiga y está siempre listo para creer cuanto se le dice y para gozar con el engaño y la mentira.

—Eso lo sé yo mejor que usted.

—¿Entonces?

—Pues le enseñaré a mover la cabeza en sentido afirmativo y negativo, para que conteste cuando le dirija ciertas preguntas.

—¿Qué le preguntaría usted?

—Por ejemplo: ¿No es cierto que estuviste en una de las torres de la Catedral, cuando San Martín, inflamado, proclamó la Independencia?

—El gallinazo inclinará el pico, para contestar que sí.

—¿No viste a Bolívar en Palacio y a Luna Pizarro en el Congreso?

Me diría que sí.

—¿Te acuerdas de La Mar, Gamarra, Orbego-so, Salaverry y Santa Cruz?

Igualmente me diría que sí.

—¿No presenciaste las revoluciones de Fulano, Zutano, Mengano y Perengano?

Sí, me contestaría.

—¿No viste a los Gutiérrez colgados?

Sí, respondería, quedándose por largo rato con la cabeza inclinada.

—¿Crees que en el segundo centenario estará el Perú mejor que en este primero?

Muchas veces me indicaría que no.

—Brillante idea, Soria, exclamé. Va a ganar usted el dinero a manos llenas.

—Le mandaré construir una jaula dorada, sobre la que pondré una inscripción que diga:

—“Un testigo presencial de las glorias y vergüenzas de la Patria. 1821—1921.”

—¡Magnífico ¡Magnífico! Confíe usted en que para el centenario será usted quien presente el mejor espectáculo.

—¿Cuánto calcula usted que me podré ganar?

—¡Hombre! Cobrando diez centavos por entrada....unos treinta o cuarenta soles.

—¿Al día?

—¡Qué ocurrencia! ¡En todo!

—¡Renuncio! ¡Vaya al diablo el gallinazo! ¡Más me costaría la jaula!

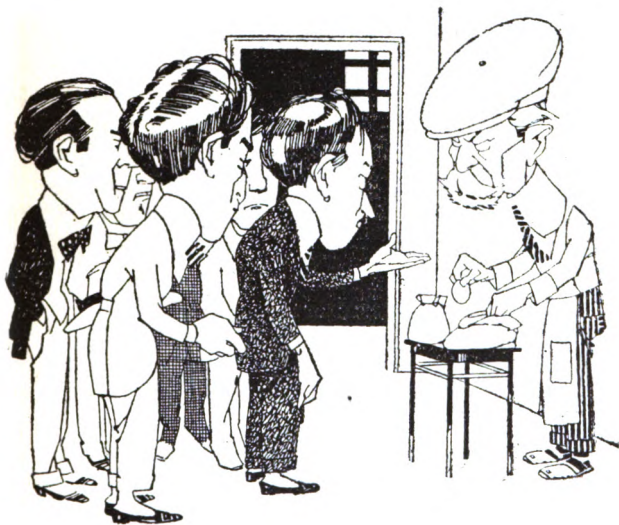


---

## EL CENTENARIO

—Veamos, Soria, ¿en qué forma, con qué novedades y fiestas públicas, le parece a usted que debe celebrarse el centenario del año 21?

—Primero que todo le pegaría una buena barrida a la ciudad y mandaría, después, pintar las fachadas.



—¡Muy bien!

—La víspera del centenario, ó sea el 27 de julio, daría un adelanto de dos sueldos a todos los empleados públicos.

—¡Justo!

—En la noche, suntuosa procesión de antorchas por los bomberos.

—¡Perfectamente!

—En la madrugada del 28, salva de artillería en Santa Catalina y en los buques de la armada. Albazo en todas las plazas y plazuelas.

A las 8 de la mañana, embanderamiento de la ciudad, al toque de la canción nacional por las bandas del ejército. Otra salva de artillería y repiques en todos los templos.

—¡Aprobado!

—A las 11 a. m. Te Deum en la Catedral y formación del ejército.

¡Muy bien!

—Después, columna de honor y repique general.

—¡Magnífico!

—A las 4 p. m. instalación del Congreso y lectura del acta de la Independencia en Cabildo.

—¡Eso es!

—En la noche, procesión de antorchas por los bomberos, iluminaciones y fuegos artificiales. Funciones de gala en teatros y cinemas y prohibición de tráfico de vehículos, por Mercaderes.

—¡Bien pensado! ¿Y la nochebuena?

—¡Lejos del centro!

—¿Por qué?

—Porque si la hacen en la Plaza de Armas, no vendo esa noche, en la tienda, ni una butifarra.

—¡Tiene usted razón!

—El 29, otro albazo y arcos de escalas de las bombas, en el jirón de la Unión.

—¡Indispensable!

—En la tarde, revista general de bomberos.

—¡Muy bien! Muy bien!

—Por la noche, lo mismo que en la anterior y otra procesión de antorchas por los bomberos.

—¡Espléndido!

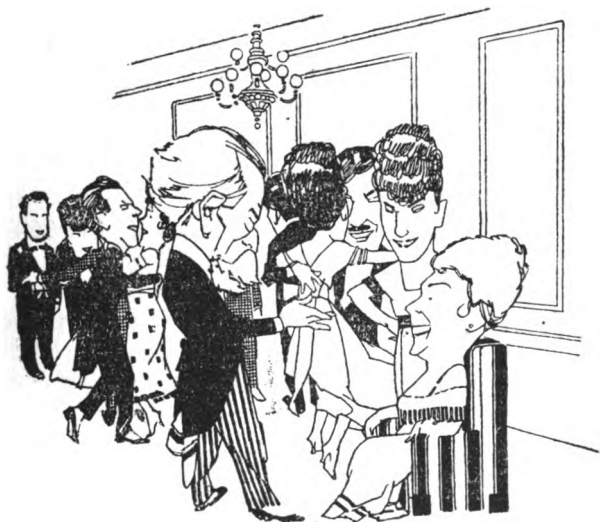
—El 30 por la mañana, comisiones de bomberos colocarán coronas en los monumentos de Bolívar, San Martín, Dos de Mayo, Bolognesi y Raymondi.

—¿Qué tienen que hacer Bolognesi y Raymondi con el centenario?

—Tiene usted razón. Suprimo esa parte.

—Siga usted.

—A las 3 p. m. ejercicio general de bombas en la Exposición, con entrada gratis para el pueblo.



—¡Caramba! ¡Va usted a acabar con los bomberos!

—¡No crea usted! Son muy resistentes y humanitarios.

—Pero usted es inhumano con ellos. Continúe usted.

—Revista de las sociedades de tiro y de los movilizables, en los Dezcalzos.

—Cabal.

—En la noche, procesión de antorchas por los bomberos, fuegos artificiales en Malambo y tranvías gratis para abajo del puente.

—¡Soberbio!

—El 30, carreras de caballos en el hipódromo y festival por las bandas del ejército en la Exposición.

—¡Claro!

—El 31, revista de boy-scouts en el Paseo Colón y corso de flores. En la noche, lo de costumbre.

—¡Bien! ¡Bien!

—El 1.º de agosto, colocación de coronas a los bomberos fallecidos en la guerra y a Carrión.

—¿Qué relación tiene eso con el centenario?

—Verdad. Lo suprimo.

—Siga usted.

—En la tarde, procesión del Señor de los Milagros.

—¡Qué barbaridad!

—Esa noche, otro barrido general en la población.

—Hombre—¿Para usted el barrido es una fiesta nacional?

—¡Y lo es!

—Continúe usted.

—Del 2 al 15 de agosto, corridas de toros, banquetes oficiales, bailes en los clubs y conferencias en las sociedades obreras.

—Me parece bien.

—El día 15, crisis ministerial.

—¿Cómo? ¿Qué novedad es esa?

—¡Ya lo creo que es una novedad! ¿Puede encontrarse algo que conmueva, anime y entusiasme tanto al público, como una crisis ministerial?

—Será lo que usted quiera; pero eso no es un festejo, ni puede formar parte de un programa.



—¡Es más que festejo! Es un acontecimiento sensacional y palpitante.

—Suprima usted eso, Soria.

—¡Imposible! Para coronar la fiesta, hay que cambiar el Ministerio.

—¿Y en qué se fundaría la renuncia?

—En cualquier cosa. Para eso no faltan nunca pretextos.

Observo que, en su programa, no hay una sola inauguración.

—¡Claro! Si no sé qué cosas nuevas habrá para entonces.



—No cree usted que las colonias extranjeras regalarán algunos monumentos, como lo han hecho en otras partes?

—Hasta ahora parece que ninguna ha pensado en eso.

—Ya pensarán.

—Yo voy a hablar con los chinos. Esa colonia tiene ahora mucho dinero y es muy rumbosa.

—No se meta usted en eso.

—Tengo muy buenos amigos en la colonia.

—¿Y cómo terminaría usted su programa?

—¿Para concluir? Pues haría un entierro solemne de cuerpo presente.

—¡Qué ocurrencia, hombre!

—¡Claro! Al público le encanta eso y hay que complacerlo.

—¿Y cómo hace usted funerales solemnes sin un ministro, un vocal de la Suprema o un representante muerto?

—Haría sencillamente honras.

—¿Honras para quién?

—Para los que murieron en las épicas campañas de la Independencia. Me parece que nada hay más justo y merecido.

—Borre usted eso del programa. No debe figurar en él nada triste. Siguiendo en su camino, sólo faltaría que decretara usted un terremoto.

—¿Pero no ha visto usted que hago procesión del Señor de los Milagros, que es como si lo hubiera habido?

—¿Cuál sería su última fiesta?

—Daría otro barrido a la ciudad, con riego, y *finis*.

—¿Sabe usted en lo que estoy pensando, Soria?

—Mientras usted no me lo diga, no podré saberlo.

—Pues pienso en que he descubierto al Alcalde de Lima, para el año 21.

—¿Quién es él?

—¡Usted, Soria!

—¿Yo? ¿A qué debo tanta honra?

—Al hecho de ser usted la persona que más se ocupa en la celebración del centenario.

—No crea usted que me elegirían, porque, para entonces, habrá muchos señores que pretendan el puesto.

—Pues yo trabajaré desde hoy por usted.

—¡Un millón de gracias!

—Lo malo es que tendría usted que dejar el negocio de la tienda.

—¡Eso nunca! Alquilaría un local más grande y contrataría un dependiente, para las horas en que tuviera que estar en el despacho.

—¿Pero estando usted en el despacho, para qué necesita dependiente?

—No hablo del despacho de la tienda, sino del despacho municipal.

—¡Es usted el hombre para el puesto!

—¡Yo también lo creo!

—¡Triunfaremos!

—¡Si no triunfamos, que Dios y la Patria os lo demanden!



---

## EL GUACAMAYO

—Dígame, Soria: ¿Con qué derecho ha conver-



tido usted en estaca, paradero o estación del guacamayo un poste público de la luz eléctrica?

—Con el mismo derecho que la empresa eléctrica ha plantado el poste frente a mi tienda y cruza de alambres los techos de todas las casas.

—La empresa está autorizada para hacer eso porque tiene a su cargo un servicio público y usted, no.

—¡Bueno! Si no quiere que el guacamayo esté en el poste, que venga a sacarlo.

—¿Quién va a aproximarse a ese animal, viéndole el pico y sabiendo que es agresivo como una pantera?

—Y cómo lo bajo yo, cuando me da la gana.

—¡Hombre! Porque usted es su amo, su domador y su dueño y le zumba cada latigazo que tiembla la tierra.

—La verdad es que ya me tiene aburrido el pájaro ése y que no sé qué hacer para venderlo.

—¿Quién se lo va a comprar? ¿Para qué sirve? ¿Qué gracia tiene? ¿Qué objeto habría en poseer en la casa una bestia feroz, sucia y voraz? Regálole usted al Parque Zoológico.

—¡Nunca! Ese animal me representa una fortuna, en choclos.

—Y le representará a usted otra, en los que tiene que comerse todavía.

—Estoy pensando vendérselo al Gobierno o a alguna institución pública.

—¡Eso es! Cuando se tiene una cosa que no sirve para nada, lo natural es vendérsela al Gobierno.

—¡Claro! Porque él, tarde o temprano, lo aprovecha todo.

—¿Qué haría el Gobierno con el guacamayo?

—Pues eso que usted me aconseja; mandarlo al parque zoológico.

—¿Por qué no le enseña usted algo útil?

—¡Es muy torpe!

—¿No podría usted enseñarle, por ejemplo, a dar las horas?

—¿Para qué?



—Para venderlo como reloj, en lugar de venderlo como guacamayo.

—Dice usted bien, y picando las horas podría comprármelo la policía.

—¿La policía? ¿Para qué?

—Para ponerlo en las noches en alguna esquina o bocacalle.

—¿Qué haría allí?

—Lo que hacen los inspectores: dar las horas.

—¿Y si hay incendio?

—Para eso están las campanas de San Pedro, y podría enseñarle, también, el toque correspondiente y completar así su educación policial. Sabiendo eso, no necesitaba más.

—¿Y si hay ladrones?

—Pasaría lo mismo que ahora, que se llevan todo lo que encuentran y todo lo que buscan.

—No sea usted mal hablado, Soria ¿No comprende usted que si la educación del guacamayo le resulta, puede usted venderle unos doscientos ejemplares a la policía, para el servicio de nona?

—¿Y de dónde voy a sacar yo doscientos guacamayos?

—¡Qué sé yo!

—Tendría que pasarme el resto de la vida en la montaña, cazando guacamayos y domesticándolos.

—Pero se llenaría usted de plata.

—¿Cómo?

—Vendiéndolos a la policía, como usted dice. Así como hay perros policiales, tendríamos en Lima guacamayos policiales.

—¿Cree usted que me los comprarían?

—La verdad, que no sé para qué.

—Para suprimir a los guardias, que no hacen más que picar las horas con sus pitos y perseguir a las criadas.

—Me parece que podrían reemplazarlos en la primera función, por otros medios.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo; colocando en cada esquina un gran timbre eléctrico, en conexión con la intendencia o las comisarias, de suerte que tocando el botón se transmitiera la hora a todas las esquinas de la ciudad.



—También podría hacerse otra cosa.



—Diga usted.

—Amarrar un burro en cada crucero. Usted sabe que estos cuadrúpedos rebuznan cada hora.

—¿Pero qué interés tiene el vecindario en que le anuncien las horas cuando está durmiendo?

—El de prevenirle que los guardianes están velándole el sueño y darle confianza para que se entregue a Morfeo sin temores, peligrosos ni zozobras.

—¿Y qué se gana con que los guardianes estén despiertos en sus puestos, si los ladrones están manio-brando en las casas?

—Impedir que penetren por las puertas.

—Hoy está usted mal, Soria ¿Qué ha comido usted? ¿Qué le ha pasado?

—¡Qué me va a pasar! Que ya no vendo nada los sábados y domingos.

—¿Cómo así?

—Por esa maldita ley de clausura.

—¿Vende usted alcohol, acaso?

—No, señor; pero el guardia de la esquina vió que tenía unas cuantas botellas de vino de Chíncha en el escaparate, y diciendo que eso era alcohol, no me dejó abrir la tienda el sábado ni el domingo.

—¿De suerte que usted no vende bebidas alcohólicas ni copitas?

—¡Jamás! Lo que yo vendo es vino.

—¿Vino a base de alcohol?

—En una proporción insignificante.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque yo mismo lo fabrico.

—¿No dice usted que es de Chíncha?

—¡Naturalmente!

—¿Pero falsificado?

—¡Y eso que le importa al guardia!

—Comete usted doble falta, Soria. Primera, vender bebidas alcohólicas y segunda, falsificarlas. Ya ve usted cómo la policía sirve para algo más que para dar las horas.

---

## LA PASCUA

—¿Qué tal pascua, Soria?

—Me basta con decir a usted que la balanza no me ha servido para nada.



—Me alegro y lo felicito ¿Las ventas se hicieron por fardos y barriles?

—¡Por reales y medios, señor!

—¡No puede ser!

—¡Como usted lo oye!

—Pero muchos medios hacen soles, y con los soles se hacen libras.

—¿Ve usted ese inundo montón de billetes de a cinco centavos?

—Sí.

—Pues ese es el producto de mi venta de pascua.

—Me parece poco.

—¡Poquísimo!

—No comprendo esto, ante la situación económica del país. Sus aceitunas habrán estado malas.

—¿Malas? ¡Magníficas! ¡De la última cosecha!

—No lo comprendo.

—Pues yo sí.

—Explíquemelo usted.

—Es evidente que hay riqueza.

—¡Claro!

—También es evidente que hay miseria.

—Está usted contradictorio, Soria.

—¡No, señor! Hay riqueza para unos y miseria para otros.

—¡Hombre! Eso sucede siempre y en todas partes.

—Fíjese usted en que a los ricos les sube el precio de lo que producen y venden, y a los pobres, el de lo que compran y consumen.

—Los precios le suben a todo el mundo: pobres y ricos.

—Pero a éstos les sobra dinero y a los otros les falta.

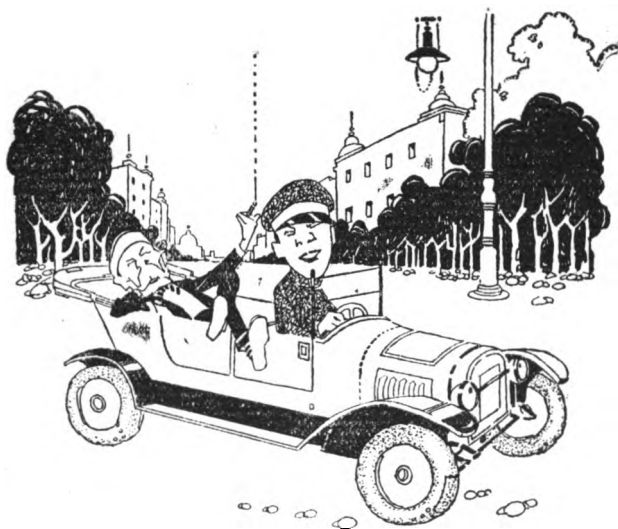
—Eso pasa siempre. No diga usted tonterías, Soria.

—No me negará usted que ahora estamos divi-

didos en dos grupos: uno de millonarios y otro de mendigos.

—Habiendo ricos circula el dinero y de esa circulación se benefician los pobres.

—Está usted equivocado. Nuestros ricos acumulan, pero no gastan; no invierten sus capitales, no crean nada, no fundan nada, no contribuyen al desarrollo y desenvolvimiento del país con empresas, industrias ni construcciones, etc.



—No diga usted eso, cuando vemos que dan cada día más trabajo y ocupación en sus haciendas, fábricas y minas.

—¿Qué ventaja ofrecen aquí?

—Sería preciso, Soria, dictar a usted un curso completo de economía, para que llegara a entenderlo.

—Para mí, no hay más economía que la que hacen los ricos con el dinero que tienen. Cuanto ga-

nan se guarda o se coloca en buenas hipotecas y llegan al colmo de sus ambiciones y hasta el derroche, cuando compran un automóvil.

—¡No diga usted eso, hombre!

—¡Lo repito! Comprándose un auto, creen haber llenado su misión sobre la tierra.

—Lo natural es que quien tenga dinero, se procure toda clase de comodidades.

—Si yo fuera rico. . . . .

—Vamos a ver, ¿qué haría usted si tuviera fortuna?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Déjeme usted pensar un rato.

—Piense pronto y contésteme ¿Qué haría usted?

—Lo primero. . . . .

—¡Vamos, hable!

—Pues me compraría un automóvil, de treinta caballos.

—¿Lo ve usted?

—¿Por qué habría de molestarme andando a pie, teniendo dinero?

—No me opongo, pero anoto que incurre usted en lo mismo que acaba de censurar. Es usted igual a todos.

—Qué voy a ser.

—Si lo está usted diciendo. ¿Y qué haría usted con su automóvil?

—Me pasearía todas las tardes por el jirón de la Unión, por el paseo Colón y por las avenidas de la Magdalena, Miraflores y Miramar.

—¿Y con el resto de su dinero, que haría usted?

—Haría préstamos al doce por ciento anual, con primeras hipotecas.

—¿Así creería usted servir a su país?

—Así, serviría por lo pronto a los necesitados.

—¿Pero no acaba de lamentarse de que los ricos no fomentan el progreso, no crean industrias, no fundan nada?

—Fíjese usted en que el dinero que yo prestara



*Antonio Dabon*

serviría para invertirlo en negocios, en obras, etc.

—¿Cree usted, hombre, que hay negocio posible, con un capital que devenga el doce por ciento de interés?

—Yo no prestaría por medio menos.

—¿Si tuviera usted que pagar el doce por ciento sobre el capital invertido en su tienda, subsistiría su negocio?

—Para contestarle, tendría que hacer números.

—Hagámoslos. Principiaremos por el mono. ¿Cuánto le costó a usted?

—Lo compré de relance.

—¿Cómo? ¿Venden monos en las casas de préstamo?

—Lo adquirí de una familia que vino a menos.

—Bueno. Dejemos esos detalles ¿Cuánto pagó usted por el animal?

—Quince soles.

—¿Qué tiempo hace?

—Tres años.

—¿Cuánto pide usted por él?

—Treinta soles.

—¿El doble?

—¡Claro! ¿Y lo que ha comido?

—Perfectamente. Pues quince soles en tres años al 12 por ciento hacen \$ 20.40, con capital e intereses. Agregando los gastos de manutención o sea \$ 2 al mes en 3 años, tenemos \$ 72. ¿Cree usted que haya en el mundo quien le pague 72 soles por un mono viejo, pelón y sin dientes?

—¡Imposible! ¡Si no puedo salir de él en 30 soles!

—Ya ve usted lo que sería, valiendo 72. Usted no tiene idea, Soria, de la vorágine que son los intereses.

—Y la comida.

—Otra vorágine.

—Lo sé, y por eso no prestaría jamás mi dinero sin primera hipoteca.

—¿Para quedarse con las casas hipotecadas?



—¡Naturalmente! Si no me pagaban.

—No merece usted ser rico, Soria.

—¿Y cómo merecen serlo los que hacen lo que yo haría?

—Tampoco lo merecen.

—¿De suerte que usted quiere que quien tenga dinero, lo despilfarre?

—No tal. Lo que yo quiero es que no se vuelvan lo que usted se volvería y que con su fortuna levanten al país, como me lo decía usted mismo hace poco.

—Una cosa es con vihuela y otra cosa con guitarra. El día en que yo apercollara un millón, no me metía en aventuras ni en negocios de ninguna clase.

—¿Esperaría usted morir, para que otros se lo gastaran en un mes?

—Si yo no tengo hijos.

—¡Peor! Se lo gastaría algún extraño. Probablemente un pariente lejano, que usted detestara.

—Haría testamento.

—¿En favor de quien? ¿del mono?

—Ya vería eso.

—¿No sería mejor que en vida favoreciera usted a su país, a sus parientes, a sus amigos y a los pobres?

—Yo quisiera ver lo que haría usted si tuviera millones.

—¡Hombre! Lo que le aconsejo.

—Perdone usted que no lo crea, porque he observado que, en nuestra raza, lo primero que despierta la fortuna, es la avaricia.

---



## INDICE

---

	Pág.
El Organo del Partido . . . . .	5
Los Autonomistas . . . . .	11
Una Corrida en Corongo . . . . .	17
Chosica . . . . .	23
Los Gallinazos . . . . .	31
La Presidencia . . . . .	37
Los Gallos . . . . .	43
El Guano . . . . .	49
Los Diarios . . . . .	55
Finanzas . . . . .	61
El Jurado . . . . .	67
Fiestas Militares . . . . .	75
Las Razas . . . . .	81
El Trabajo . . . . .	87
Los Sobrestantes . . . . .	93
Los Gatos Techeros . . . . .	99
La Avaricia . . . . .	105
La Moneda . . . . .	111
El Progreso . . . . .	119
Los Médicos . . . . .	127
El Vendedor de Pájaros . . . . .	137
El Filósofo . . . . .	147
La Independencia . . . . .	157
El Centenario . . . . .	165
El Guacamayo . . . . .	173
La Pascua . . . . .	179







258406







